2215

ENRIQUE CALONGE

COLASÍN

EL CHICO DE LA COLA

Sainete en tres actos y epílogo, en prosa, original

Copyright by Enrique Calonge. — 1926

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES, CALLE DEL PRADO, 24
1926

ENRIQUE CALONGE

COLASIN

EL CHICO DE LA COLA

SAINETE EN TRES ACTOS Y EPÍLOGO, EN PROSA,
ORIGINAL

Estrenado en el Teatro Cómico, de Madrid, el 20 de febrero de 1926

MADRID
Sucesor de R. Velasco, Marqués de Santa Ana, 11 duplicado
TELÉFONO 5-51 M.
1926

LORETO PRADO

EN «COLASÍN, EL CHICO DE LA COLA»

A Loreto Prado

que con las exquisiteces de su arte incomparable y genial supo hacer de este COLASÍN *imaginario un gran personaje lleno de realidad, corazón, alma y vida.*

Con la cordial amistad, reconocimiento sincero y fervorosa admiración de

Enrique Calonge.

REPARTO

PERSONAJES	INTÉRPRETES
COLASÍN	Loreto Prado.
EUGENIA	Julia Lajos.
CARMEN	Guillermina Soto.
SEGUNDA	Paula Martín.
CÁNDIDA	Luisa Melchor.
BLANQUITA	Carmen L. Solís.
FELISA	Luisa Estrella.
DONCELLA	María López.
VECINA 1.ª	Amalia Anchorena.
VECINA 2.ª	María López.
LÁZARO	Enrique Chicote.
MIGUEL	Julio Costa.
SANTIAGO	Julio Castro.
ESPINOSA	Francisco Melgares.
ANGEL	Benito Cobeña.
CORTÉS	Rodolfo Rocober
VICENTE	Augusto R. Arias.
PÉREZ	Enrique Navarro.
VECINO 1.º / SERENO	José Delgado.
VECINO 2.º	Carlos Henche.
NIÑO 1.º	Federico Melchor.
NIÑO 2.º	Eugenio González.

La acción en Madrid.—Época actual.

ACTO PRIMERO

Un taller de carpintería. En primer término de la izquierda y frente al público, está colocado el banco donde trabaja el señor Santiago, el encargado del taller; en la derecha y perpendicular a éste, otro banco donde trabaja Vicente, oficial. Por el resto de la escena y convenientemente repartidos por ella, habrá muebles y maderas. En sitio visible parte de una cama de matrimonio, de madera (la cama, naturalmente). Por las paredes, pintadas o al natural, las diferentes herramientas de esta clase de talleres. Al fondo, la puerta vidriera que comunica con la calle; a la derecha, rompimiento que indica que continúa la trastienda y el interior de la casa del maestro.

—

(Al levantarse el telón, el SEÑOR SANTIAGO está labrando un larguero con la garlopa. VICENTE, con un cepillo pequeño, está labrando una tabla. Cuando se levanta el telón y durante breves momentos, cantan a media voz cualquier canción popular, acompañando a sus faenas.)

Santiago (Como si buscara algo.) Pero, ¿y el chaval? Oye, Vicente, ¿le has mandao tú algún sitio?

Vicente ¿Quién, el aprendiz? Me parece que está en la cueva cogiendo astillas.

Santiago ¡¡Todavía!! (Acercándose al primer término donde se supone que está la boca de la cueva y como si hablara con el aprendiz.) Oye, ninchi, ¿pero qué

608807

naces ahí?... ¿eh?... (Como si oyera la respuesta.) P'astillas... p'astillas... pues ya podías haber hecho una farmacia entera. ¡Anda la mar! (Echando mano al bolsillo del chaleco.) ¡Oye! A ver si te tropiezas con el metro... sí... que me lo subas... (A Vicente.) Bueno, tú, a comer, que ya es la hora.

Vicente Milagro que no está aquí su mujer con la comida.

Santiago Sí que es puntual. En cuanto suena la primera campanada de las doce ya está ahí la Segunda con la cesta de la comida.

Vicente ¡Cuidao que se llevan ustedes bien!

Santiago ¡¡Y qué le vas a hacer! Consumao el santo sacrificio del matrimonio, a veces terminas por quererlas; no es cosa de matarlas después. Eso, de hacerlo alguna vez, antes, ¿no te parece? Si no fuera tan rabiosa y celosilla, no ha resultao del tó mal mi Segunda; si no de primera, por lo menos es una segunda de preferencia.

Colasín (El aprendiz, muchacho de unos trece o catorce años, entra por la derecha trayendo una espuerta con astillas.) Voy al doce, a llevar esta peseta de astillas.

Santiago ¿Y el metro?

Colasín ¿Qué metro?

(Vicente se va quitando el delantal y poniendo la americana.)

Santiago (A Vicente.) Que ahí tienes el jornal de la semana, tú, no lo olvides. (A Colasín.) ¿Pero no te dije que subieras el metro, que me se cayó del bolsillo al asomarme a la cueva?

Colasín ¡Anda, leñe! Si yo creí que me hablaba usté en metáfora.

Santiago ¿En qué dices? Mira, niño, no te chunguees.

Colasín Si no me chungueo. (Dejando en el banco la espuerta de astillas.) Perifraseo ná más. Yo creí que m'hablaba usté en chufla, del metro... del Metropolitano que vertiginosamente cruza por todo el alcantarillao madrileño, ¡como pasa por debajo de la cueva! y ahora resulta que m'habla usté del otro metro;

pues no sabe usté, señor Santiago, lo que lamento el *quid pro cuo.*

Santiago (A Vicente.) ¿Pero tú oyes? Esto no es un aprendiz de carpintero, esto es la Cisclopedia Espesa.

Colasín Espasa, señor, Espasa. Ustedes que han nacido analfabéticos y continúan ustedes analfabéticos...

Santiago Analfa... ¿qué?

Colasín Que no saben ustedes ná, analfabéticos; que no se les pega a ustedes ná.

Santiago ¿Y cómo sus llamáis los que sabéis tanto?

Colasín Sindeticones.

Vicente ¡Mi abuela!

Colasín Sí, señor, sindeticones; que se nos pega tó. Cultura y estudios que ha hecho uno; yo voy por las noches desde mi más tierna infancia a la Escuela de Artes y Oficios, y antes de la infancia, u séase en mi niñez, he ido a la parroquia de los Dolores de monaguillo, y un señor cura que había en la parroquia me enseñaba latín.

Santiago ¿Y eso en qué época era?...

Colasín En mi infancia. Bueno, pues usté ya conoce a mi hermana Isabel, pos cuando mi madre dió a luz a mi hermana estaba yo en los Dolores; y sé ayudar a misa de dos maneras.

Santiago Yo creo que la misa no es más que una siempre.

Colasín No, señor. ¿Ve usté lo que es la ignorancia? La misa, como todo, se hace de dos maneras: bien o mal. Supongamos que es usté el sacerdote y yo el monaguillo y va usté y me larga aquello de *Introibo ad altare Dei* y yo muy despacito le contesto *Ad Deum qui leetificat juventutem mean.* Y así todo seguido hasta el *Ite Misa est.* Esto es ayudar bien. Pero que usté tiene prisa y yo también y en la sacristía me ha guiñao usté un ojo y va usté y me dice u u u u *altare Dei.* Y replico yo u u u *mean.* ¡Que ya la dao! Y llegamos al *Ite Misa est* antes de que se entere la Parro-

quia. Lo primero es ayudar bien u sea en latín.

Santiago ¿Y lo segundo?

Colasín En griego. *Deus est alfa et omega.* Esto es griego.

Santiago Omega... eso es la marca de un reloj.

Colasín Como que está tomao de ahí. ¿Qué es Dios sino el reloj universal? Con una manilla nos da la vida y con otra nos la quita, con una manilla nos da la hora y con otra los cuartos.

Vicente (Contando el dinero.) Treinta pesetas, está bien.

Colasín Ahora da los cuartos, ¿y a mí no me llegó mi hora?

Santiago A ti te pagaré luego cuando me subas el metro.

Colasín ¡Ah! Pues si es por eso, ahora en cuanto deje estas astillas cojo el metro.

Santiago Bueno.

Colasín (Iniciando el mutis con la espuerta de astillas.) Cojo el metro para irme a comer.

Santiago Y yo cojo el cepillo y te lo tiro a la cabeza pa que te asees un poco. (Colasín hace una mueoa.) Dale dos patás, Vicente.

Vicente Anda, chaval. (A Santiago.) De manera que usté me avisará.

Santiago Bueno... pero por si acaso si te sale otro taller aprovéchalo.

Vicente Pues adiós, señor Santiago. (Mutis.)

(Aparece una DONCELLA, muy limpia y agraciada, por la puerta del foro.)

Santiago Adelante, pimpollo.

Doncella Muy buenas, ¿es usté el maestro?

Santiago No, rica; el encargao ná más.

Doncella ¡Ay! Entonces pué que no me sirva usté.

Santiago O pué que sí, pruebe usté a ver.

Doncella Es que mi señorita siempre llama al maestro y me ha dicho que pregunte por el maestro.

Santiago ¿Y qué necesita la señorita del maestro, maestra?

Doncella Pues verá usté, a la cuenta se le ha desen-

colao una cajita donde guarda sus papeles y quiere que se la encolen.

Santiago Se dice encuelen.

Doncella ¡Huy! Encuelen, a mí me resulta mejor encolen.

Santiago Bueno, y pa qué complicar la vida, ¿le parece a usté que lo mejor será que se la pegue? ¿Es muy urgente?

Doncella Cuando puedan.

Santiago Pues ahora en cuanto coma, subo y se la pego.

Doncella Ya sabe usté, aquí en el principal del doce. Adiós.

Santiago (Deteniéndola.) ¿Y por qué esas prisas? ¿Venus doméstica y encoladora?

Doncella ¡Huy, qué gracioso!

Santiago De verdad que le ha hecho gracia la encoladura, digo la encoladora.

Doncella Muchísima.

Santiago ¡Cuánto me congratulo! (En plan donjuanesco.) ¡Qué cara!... ¡Qué ojos!... Que... oiga usté preciosidad... todo... ¿todo eso es de usté?

Doncella Natural.

Santiago Una niña bien educada hubiera contestado y de usté.

Doncella ¡Qué espléndido!

Santiago ¿A que es usté gata?

Doncella Madrileña... Madrileña del radio, no; soy gatita del extrarradio.

Santiago Vamos, que usté maya por las afueras, al revés que otras, que mallas por dentro.

Doncella Soy de Tetuán.

Santiago (Señalando con el índice.) Me lo había figurao. ¿De manera que de Tetuán? ¡Qué mona!

(Aparece SEGUNDA, por el foro, con la cesta de la comida.)

Segunda ¡Qué monada! ¡Aguador! (En guasa.) Agua al perro, que se ahoga.

Santiago ¡Mi madre! ¡Mi señora! Pues nada... eso es... nada... Pues diga usté a la señorita... que... que...

Segunda (Muy decidida, deja la cesta de la comida en un banco

y se dirige a la Doncella.) ¡Oiga, joven! ¿Qué es lo que se le ha perdido a usté aquí?

Doncella A mí, nada. ¿Y a usté?

Segunda A mí un sinvergüenza, que es ése, mi marido.

Santiago Pa servir a usté.

Segunda Pa servir al Nuncio, que usté no sirve pa ná. Y usté, joven, abrevie, que me parece que se la están a usté pegando las patatas.

Doncella Ni soy cocinera, ni mis señoritos comen patatas.

Segunda ¿Tan arruinaos están?

Doncella ¡Vaya con la señora!

Segunda Oiga usté, joven. ¿A usté le hace mucha falta ese poco pelo? (En actitud de lanzarse al ataque. La Doncella sale huyendo.) No te rías, Santiago, no te rías; mira que... (Le amenaza y, al tratar de coger un cepillo del banco, mete la mano en el tarro de la cola y se queda pegada.)

Santiago ¿Lo ves? Por pegarme a mí, te has pegao tú con la cola. Castigo de Dios.

Segunda Sí, sí; castigo y bien castigo. (Tratando de sacar la mano.) Anda, ayúdame. Échame una mano a esta mano. (Después de algunos esfuerzos, saca la mano.) ¿Y dónde me lavo yo ahora?

Santiago Ahí tienes el botijo. (Segunda se lava un poco las manos.)

Segunda Qué ocurrencia, poner esto ahí.

Santiago ¿Y quién te manda a ti ponerte ahí, arrimada a la cola?

Segunda Y tú, ¿por qué te arrimas a las faldas?

Santiago Señor, es que hay que atender a la parroquia y ser finos. Mira, ahí tienes a otra parroquiana.

(Entra CÁNDIDA, con un crío en los brazos y dos chicos cogidos de la mano.)

Segunda ¡Ah! ¿Eres tú, Cándida?

Cándida La misma. Qué, ¿vais a comer?

Santiago En cuanto desaparezcas, si es que no quieres acompañarnos.

Cándida Muchas gracias; pero yo pienso dejaros pronto. ¿Está eso?

Santiago Ahí lo tienes, mujer. (Señala la parte de la cabecera de una cama de madera.)

Segunda ¿Qué es ello?

Santiago ¿Qué va a ser? Lo de siempre. Que otra vez ha mandao a arreglar la cama.

Segunda ¿Son éstos los chicos? ¡Mira qué monos! ¿Cuántos tienes?

Cándida Pues los que ves, más otros dos, que ya me ganan un jornal, y lo que venga.

Los chicos ¡Yo quiero pan! ¡Yo quiero pan!

Cándida ¡Niños! ¿Qué os he dicho yo que se hace en las visitas?

Niño 1.º Que pidamos pan.

Segunda Mira que gracioso es este rubiales, ¿verdá?

Niño 1.º ¡Yo quiero pan!

Niño 2.º ¡Yo quiero pan!

Cándida ¡Niños!

Segunda Déjalos, mujer. Toma, rico. (Les da un pedazo de pan; que saca de la cesta.)

Niño 1.º ¡Huy! ¡Este pan sabe muy malo!

Cándida ¿Pues qué tiene?

Segunda No, rico; es pan con cola, y la cola es muy sana. De manera que, total, ¿cuántos chicos tienes?

Cándida Pues cinco y medio.

Segunda ¡Qué suerte! ¡Unos tanto y otros tan poco! Con la falta que nos hacía a nosotros, aunque sólo fuese medio chico. (A Santiago.) ¿Verdad?

Santiago Pa bebértelo. Así estamos bien.

Cándida ¿De suerte que ésto (Por la cama.) ya está? ¿Y ha quedao bien?

Santiago Yo te diré. He arreglao tu tálamo nupcial de la manera más sólida que he podido hallar Pero verás qué poco tarda en volver al taller.

Segunda Pues arréglalo bien de una vez.

Santiago Pero, ¿tú sabes cómo han tomao éstos eso del matrimonio? Si cá ocho días tiene que venir el catre al taller de reparaciones.

Segunda ¿Cuántos años lleváis de casaos?

Cándida Cuatro años.

Segunda No pué ser.

Cándida ¿Cómo que no pué ser?

Segunda Como que no pué ser. En cuatro años casi seis chicos; no pué ser, por muy listos que seáis tú y tu Patricio. No pué ser.

Cándida Bueno, te diré. Nosotros, antes de casarnos, nos tomamos...

Santiago El medio chico.

Cándida Un pequeño anticipo.

Segunda Ya, sí.

Santiago Anticipo reintegrable. Ahora, que fueron pequeños.

Cándida Pequeño y pequeña. Mi Manolo y mi Emilia.

Segunda ¿Y todos se te crían bien?

Cándida Ya lo ves.

Segunda Y tu marido, ¿qué hace?

Santiago Pues ya lo ves. Ahí tienes eso.

Cándida ¿Me lo puedo llevar ya?

Segunda Con tanto crío no vas a poder, mujer. ¿Por qué no se lo mandas luego con el chico?

Santiago Bueno. Yo te lo mandaré.

Cándida Pues sí que te lo agradezco. Ea, hasta más ver.

Segunda Anda con Dios. Si quieres comer, no te vayas.

Cándida Que aproveche. Adiós. Vamos. (A los chicos. Mutis.)

Segunda (Se dispone a preparar la comida.) Oye. ¿Y el maestro? ¿Sigue sin bajar por el taller?

Santiago Pchs. El maestro, sigue como siempre. (Observando que entra por el foro el señor CORTES.) ¡Arrea! Guarda la sopa, que hay visita. ¡Y vaya visita! Este viene pegando.

Cortés Buenos días.

Santiago Muy buenos. Usté dirá.

Cortés ¿No se acuerda usté de mí? Pues si se acuerda usté de mí, dígale al maestro que salga.

Santiago El maestro no baja por el taller ya hace unos días, porque está algo delicao.

Cortés Bueno; pues si eso de la enfermedad no es coba...

Santiago No es coba, señor Cortés, no es coba.

Cortés Bien; puesto que ya sabe usté quién soy, diga usté al que le represente que estoy aquí con la facturita, y que de aquí no me voy sin una solución categórica y efectiva.

Santiago Comprenda usté que...

Cortés (Atajándole.) Yo no comprendo ná, ni me importa más que mi dinero, y vengo pa no moverme de aquí sin que liquidemos esta cuenta. ¿Sabe usté? De manera que si el maestro está enfermo, que se alivie; pero mientras tanto, que venga quien le represente, y si no, antes de que cierre usté el taller está aquí el Juzgao. Ahí tiene usté la orden de embargo (Le da un papel.) en este papel.

Santiago (A Segunda.) ¡Sí que es un papelito! Anda, avisa a la Carmen. (Segunda hace mutis por la derecha.) Hágase usté cargo de que el maestro, si no ha pagao antes, es porque le ha sío imposible.

Cortés Con usté, amigo, nada tengo que tratar.

Santiago Ahí tiene usté a la hija del maestro.

Carmen (Saliendo.) Usté dirá.

Cortés Mire usté, joven. Yo hubiera preferido entenderme con su padre; pero supuesto que su padre, según me dice aquí el amigo, está enfermo, y a mí el asunto me urge, tendré que tratarlo con usté. (Segunda hace señas a Santiago de si deben salir del taller.) Por mí, pueden ustedes continuar aquí.

Carmen Hable usté.

Cortés Voy a ser muy breve. Servidor, Perfecto Cortés, dueño del almacén de maderas de que se surte su padre, tiene sin cobrar facturas por valor de seis mil y pico de pesetas. He venido meses y meses dándole treguas a su señor padre, los plazos se han cumplido, y servidor no ha cobrado ni una gorda. Y como da la casualidad de que pido lo mío y me hace falta con urgencia, estoy aquí a reclamarlo por última vez, bien entendido, joven, que no admito excusas ni dilaciones. O se me abona esta factura en el día de hoy, o esta misma tarde, antes de que cierren ustedes, me presento con los agentes del Juzgado a llevarme hasta los clavos de este taller y de esa su casa. La cuenta es ésta. La orden de embargo la tiene ahí el amigo, y no

quiero molestar más. Buenas tardes. (Mutis por el foro.)

Segunda ¡Vaya usté con Dios, tío Matatías!... ¡Y se llama Cortés!...

Santiago Pues no h dejao de estarlo... viene a avisar y tó.

Carmen Vamos a ver, Santiago; la verdad, toda la verdad, ¿qué ha pasado en esta casa?...

Santiago Tu padre, por un lao se merecía un altar, y por otro... yo le hubiera metido cá paliza, y perdona que te hable así, Carmen...

Carmen Hábleme usté sin miedo... sin reparo... Yo quiero saber cómo se ha llegado a esta situación... Como mi padre ya saben ustedes que desde que ocurrió lo que ocurrió con mi hermana no es ni su sombra... calla y calla... y se consume él solo; no tiene más que una idea y un pensamiento fijo... la otra; y he empezao yo en su ausencia a revolver papeles y documentos y tengo el temor y la sospecha de que está próximo el día de que ni ahí, en casa, ni en el taller, va a quedar ni una tabla, ni un mueble, que sea nuestro... ¿por qué, Señor, por qué?... ¿cómo se ha llegado a esta situación?...

Santiago Ya te he dicho antes que tu padre se merecía un altar o un garrotazo... Claro, que las cosas tampoco se le han dao bien, pero él se ha tenío la culpa por confiao... Desde que pasó lo de tu hermana, no se ha ocupao ni poco ni mucho del taller... eso por un lao... por otro, que no ha dao con buena gente; habrás visto en tu cómoda un cajón lleno de facturas sin liquidar y cuentas sin cobrar. Aquí no ha faltao trabajo. Se ha trabajao siempre, o casi siempre, pero también sé que más de cuatro veces, tu padre se ha visto negro pa pagar. A mí no me ha faltao el jornal, pero, también me sé, que por pagarme a mí al céntimo, no habéis tenío vosotros más de una mañana, dinero pa ir a la compra... ¿es cierto?

Carmen Cierto; tan cierto, que entonces yo decidí trabajar por mi cuenta en mi oficio.

Segunda Y te ganas un jornal. Y porque la casa se iba hundiendo, y porque los dineritos y los lujos se acabaron, tu hermanita ahuecó el ala.

Santiago Si eres muda, revientas.

Segunda La verdad, señor. Que cá uno cargue con lo suyo. Tú has dicho parte de la verdad, pero la verdad entera es la que voy a decir yo. Aquí el maestro, el dueño de este taller, se queda viudo con dos hijas, y siendo dos hermanas de un mismo padre y una misma madre, no se parecen en ná; la una, señorita finolis amiga del lujo y la juerguecita, se muere por los fox y los tés danzantes; a escondidas de su padre, acude al Palace, se corta el pelo a lo paje y gasta sombrero hasta pa dormir la siesta; para ella el cocido es una ordinariez y el repollo muy indigesto y maloliente; la otra, bueno, la otra cómo está delante, no quiero ponerla colorá diciendo lo que es verdad, lo que sabemos todos, que es una buena hija y una mujer de su casa.

Carmen ¡Segunda!

Segunda Sí, señora... ¿y qué? Pues que la señorita, la niña mimada, la que quería lujos y etiquetas, un mal día, ya va pa dos años, ahuecó de esta casa dejándola llena de dolor y de vergüenza.

Santiago ¡Te quiés callar!

Segunda No me da la gana. ¿Y cuál es la pena del maestro? ¿Y cuál es la enfermedad del maestro? Pues ésa. Dios la tiene que castigar.

Carmen ¡Eso no! Que no se acuerde más de nosotros y que Dios la perdone el mal que nos ha hecho. En resumen, Santiago, estamos en la ruina; que si este hombre cumple su amenaza, nos veremos en la calle, sin taller, sin casa... ¿Es ésta la verdad, Santiago?

Santiago Una cosa muy parecida.

Carmen Y a nosotros, ¿cuánto nos deben?

Segunda Ahí llaman. Eso le digo yo a éste; ¿y al maestro, por qué no le pagan? Pues al Juz-

gao, sí, señor. ¿Y cómo estas cosas se consienten?

Carmen Bueno, pues aquí tiene usté su jornal y el del aprendiz; me vuelvo con mi padre.

Santiago Oye, Carmen. (Carmen, que inició el mutis, vuelve.) Yo no tengo las seis mil pesetas ni creo que nadie de mi familia las ha visto juntas nunca; tampoco me trato con Urquijo, ni García Calamarte, y del Banco de España, no suelo tomar más que la hora, y te digo de verdad, que si mi jornal de esta semana y de la que viene, te sirve pa algo, aquí le tienes, ya es tuyo, que yo por ti me quedo una semana o dos o las que hagan falta, sin comer, muy a gusto.

Segunda Y yo le acompaño a eso de no comer.

Carmen Gracias... muchas gracias. (Mutis.)

Santiago (Muy enfadado, dando vueltas a la gorra y tirándola al suelo.) ¡Perra vida! Hombre, ¿por qué este banco no había de volverse el de España, aunque sólo fuera por cinco minutos?

Segunda Oye, ¿cuánto crees tú que valdrá lo que tenemos en casa, contando mi traje de novia, tu capa y las ocho gallinas?

Santiago Pues agregando a esos enseres, las cuatro sillas, tu baúl, la camilla, mi bandurria y la jaula del grillo, sí pué que te den sesenta reales.

Segunda ¡Qué exagerao!

Santiago Y que el tío este de la madera nos da leña, es viejo.

Segunda Vamos, tú, a comer, si te parece, que ya es hora. Se habrá quedao buena la comida...

Santiago Oye, ¿qué menú me traes?

Segunda Pues lo de ayer, y lo de siempre: cocido.

Santiago ¡Cocido! Después de las escenitas éstas, cocido. Si las desgracias nunca vienen solas

Segunda Haber dicho que preferías faisanes.

Santiago ¡Tanto como eso!... Pero, todos los días cocido...

Segunda Hoy te traigo una sorpresa...

Santiago (Muy contento.) ¡A que has echao chorizo!

Segunda Hombre, no.

Santiago Entonces...

Segunda Es que además de garbanzos, te traigo un pucherito de judías del Barco.

Santiago ¡Mi madre!

Segunda ¿Qué, no te gustan?

Santiago Son mi debilidad; y del Barco... mareantes. Ahora, que hoy no las puedo comer.

Segunda ¿Por qué?

Santiago Tengo que hacer una chapuza a una señorita...

Segunda (Alarmada.) ¿Eh?

Santiago Subir ahí, al principal, en ca la marquesa, mujer.

Segunda ¿Y qué?

Santiago Que a mí no me pone en ridículo ninguna judía.

Segunda Bueno; pues no faltará quien las coma.

Santiago Déjalas pa la noche.

Segunda Claro; tú lo guardas tó pa casa. Vamos. (Se sientan cerca de un banco o en el propio suelo del taller, y empiezan a comer.)

(COLASÍN, aparece por el foro. Viene muy triste.)

Colasín Buenas, señá Segunda, y que aproveche.

Segunda Hola, Colasín. ¿Quiés comer?

Santiago Lo que quiere éste es un mamporro que le voy a dar por chuflón. ¿Vienes del metro, rico?

Colasín Sí... pues traigo yo unas tripitas... ¡Maldita sea!... ¿Qué es lo que había usté dicho antes, señá Segunda?.

Segunda ¿Que si quiés comer?.

Colasín Hombre... si yo supiera que eso no era mero...

Segunda Esto es cocido. .

Colasín Mero cumplido iba a decir... pué que aceptara, porque me ha pasao una tragedia.

Segunda Pues, anda, siéntate y pica.

Colasín Miste, señá Segunda, que si me siento, con las intenciones que traigo, yo pico, y banderilleo y mato... y hago el arrastre.

Santiago Pues siéntate de una vez.

Colasín Bueno, pues allá películas y aténganse a las

consecuencias. (Se sienta.) Pues ná, que llego a mi casa con más hambre que el can de un trapero, y en esto que en la mitad del patio me encuentro a mi madrastra, que tié lo suyo de acá, (Señalando la lengua.) en plan de bronca, con la señá Eufrasia, la cacharrera; una, epíteto denigrante del lao de mi familia; otro más denigrante, de la parte contraria. (Comiendo desesperadamente.) ¡Qué rica está la sopa!

Santiago Sabe a lo que no tiene...

Segunda Tú siempre has de encontrar algún defecto. ¿Qué tiene esta sopa?

Colasín Que s'acabao.

Segunda ¿Y tú? (A Colasín.) ¿Por qué echas más pan a la sopa?

Colasín ¡Ah! ¿Pero esta sopa era de pan?

Santiago Yo apenas si me enterao... pero me parece que era de pan...

Segunda ¿Pues de qué te crees tú que era?

Colasín De tapioca... con picatostes... huevos cocidos... hierba buena y menudillos.

Santiago Menudillos... ¡que te imaginas tú eso!

Segunda Anda. (A Colasín.) Rebaña ya eso... pa lo que queda... cómete ese menudillo.

Colasín ¡Oh, cuán amables son ustedes! (Rebaña la cazuela.) Total... que va mi madrastra, y la larga otro insulto, y va la cacharrera, y la replica... en resumen... que mientras mi distinguida madrastra y la no menos distinguida cacharrera, se increpan, se amenazan y se insultan; van, y se pegan...

Santiago Los maridos...

Colasín Cá... unas judías que teníamos estofás, por único plato... y con una madrastra que echa lumbre, y unas judías quemás, ¿quién se acerca a la mesa?

Segunda (Vaciando el puchero.) ¡Los garbanzos!

Colasín ¡Oh, mis mejores amigos!... (Al plato.) ¡Oh, ilustres, sabrosos y picudos, hijos de la tierra castellana y nietos del Cid! Bienvenidos seáis... ¿Pero, qué veo?

Segunda (Alarmada.) ¡Eh!... ¿Qué ves?...

Colasín Estos garbanzos no vienen solos.

Segunda Natural, que no; vienen acompañaos de su esposa, la señora patata.

Santiago Y de su tío carnal, el señor repollo.

Colasín ¡Oh, qué delicia! Esto es un cocido y no la... que me dan en casa. (Come a todo meter, y alguna vez, cuando va a meter la cuchara el señor Santiago le detiene el brazo y le dice.) Mire usted aquéllo. (Señala el techo y aprovecha el viaje.) ¡Oh, qué delicia!

Segunda (A Santiago.) ¿Pero, tú no comes?

Colasín ¡Hombre, sí! .. ¿Por qué no come usté?... Ande con esos cuatro garbanzos. (Los coge él con su cuchara, se los ofrece, y se los come él.)

Segunda La carne. (Presentándola.)

Santiago ¿Dónde está la carne? Yo no la veo.

Segunda Ahí la tienes, pues es cuarto kilo...

Colasín (Prendiendo la carne con el tenedor.) Señores... lo que somos.

Santiago Cómo encoge la carne.

Segunda Y cómo encoge el kilo... Anda, tú, pártela y repártela.

Santiago ¿Y cómo se parte y se reparte ésto?

Colasín Si es por mí, no se molesten ustedes en partirla, así está bien. (Se la traga y a poco se atraganta.) El bobo .. el bobo... el botijo. (Coge el botijo y bebe. Respirando.) ¡Ah!...

Segunda ¿Qué, se pasó el susto?

Colasín Sí, señora, ya pasó el susto.

Santiago Y la carne. Bueno, tú, dame cuarenta céntimos.

Segunda ¿Pa qué?

Santiago Pa irme ahí, al bar, a comerme un bocadillo, porque no sé si te habrás enterao que me he quedao en ayunas.

Segunda Toma, y anda. (Mutis, Santiago.)

Colasín Cuidao que no comen ustedes ná. ¿Y por qué es eso?

Segunda ¿Y, quién come contigo? Si no das tiempo a meter baza a nadie.

Colasín ¿He cometido alguna incorrección? No recuerdo. Postre, ¿qué tenemos de postre?

Segunda No hay postre.

Colasín Pues yo creo que no haya hecho ná malo pa quedarme sin postre.

Segunda Mira, te prometo treinta de queso y diecito de castañas si me ayudas a echar una cuenta, tú que eres tan leído y escribido.

Colasín (Muy contento.) Por esa cantidad, y si usté me da el queso, le resuelvo yo a usté todos los problemas, incluso el de la circulación, mandando a la porra a los porras; hable usté, vengan datos.

Segunda Pues, vamos a ver, si voy bien o no voy bien.

Colasín Empiece a caminar.

Segunda Yo siempre he sido muy torpe y muy burra, ¿sabes tú?

Colasín Sí, señora, lo sabía.

Segunda ¿Quién te lo ha dicho?

Colasín Usté; prosiga.

Segunda Digo, que he sido muy burra y sigo siéndolo pa esto de los libros y de los números.

Colasín ¡Que es usted analfabética, señor!

Segunda Completamente alfalfabética, sí, señor. Bueno, yo soy mu feliz con mi Santiago, mu feliz, pero hay un día en la semana que es un día negro, un día trágico, de película; el sábado; hoy es sábado, hoy habrá nubes en el horizonte matrimonial.

Colasín ¿Y, por qué?

Segunda Por la cuenta, verás. Cuando mi Santiago me entrega su jornal, como yo no entiendo de números, en cuanto me quedo sola, voy y me digo: señor, si mi hombre gana siete pesetas al día y trabaja seis a la semana, pues haciendo tantos montones de a siete pesetas como días tiene la semana, me tiene que salir la cuenta bien, es decir, este es el lunes, coloco siete pesetas; este es el martes, otras siete, y así hasta el sábado, ¿no es esto?

Colasín Muy bien, no parece usté analfabética, tiene usté un gran talento natural, eso está bien discurrido.

Segunda ¿Tú, crees?...

Colasín Ni la tabla del señor Pitágoras.

Segunda Pues, no, señor.

Colasín ¿Cómo que no?

Segunda Como que no. Empiezo bien, lunes, martes, miércoles, jueves... nunca en veinticinco años que llevo echando esta cuenta, he podido llegar al viernes por la tarde.

Colasín Seis por siete, cuarenta y dos, cuarenta y dos pesetas semanales, eso es lo que gana el señor Santiago.

Segunda Eso creía yo también, pero ahora, va y dice que de cuarenta y dos lleva cuatro, ¿es verdad?

Colasín Sí, claro.

Segunda Y quedan treinta y ocho, y lleva tres.

Colasín Claro.

Segunda Y como por un lao se lleva cuatro, y por otro tres...

Colasín ¡Ah!... ¿Pero se las lleva él?...

Segunda Vaya, a mí no me las ha dao nunca.

Colasín (Riéndose estrepitosamente.) Pues está usté haciendo el canelo femenino, o sea la canela, hace veinticinco años.

Segunda ¿De verdad?...

Colasín No me descubra usté. Ya que me ha cedido usté el cocido, yo la saco de ese error aritmético. Sí, señora; cuando otra vez la dé la cuenta, dice usté, que sí, que de cuarenta, se llevan cuatro, y de treinta, tres; pero que es usté la que se las tiene que llevar y no él. (Aparece Santiago por el foro.)

Segunda A callar, peque. (Muy cariñosa, a Santiago.) ¿Qué, has matao ya el hambre?

Santiago Pchs... total, un bocadillo, pa ir tirando.

(CARMEN viene por la izquierda, un poco nerviosa.)

Carmen ¡Santiago!... ¡Santiago!

Santiago ¿Qué quieres?

Colasín ¿Pasa algo?

Carmen No, es decir...

Segunda Habla, mujer.

Carmen Pues, ná, que mi padre se ha empeñao en bajar al taller.

Santiago Bueno, pues que baje, así pué que se distraiga algo.

Carmen Pero, ¿y si estando aquí vuelve ese hombre y cumple la amenaza?

Segunda Toma, pues es verdad.

Santiago ¡Anda! No me acordaba yo de eso. Con lo que él ha trabajao en estos bancos, con el cariño que tiene al taller, ver que se lo llevan tó...

Colasín ¿Quién se lo va a llevar?

Santiago El del almacén de maderas; el del otro día, que ya no espera más y ha estao aquí a dar el último aviso, que se presenta con los del Juzgao...

Colasín Mi respetable abuela...

Carmen Ya ves, Colasín... Y mi padre que no sabe nada... que se lo hemos venido ocultando todo.

Colasín ¿Y qué necesidad tiene de enterarse?...

Carmen Eso digo yo. Hay que evitar que se entere de la verdad... hay que hacerle creer que todo va bien y que esto sigue siendo suyo, y hay que hacerlo aunque sólo sea por caridad.

Segunda Sí, hija, sí... a ver si entre tós discurrimos algo. Yo, aunque soy burra, sobre tó pa las cuentas, (Mirando a Santiago.) a lo mejor se me ocurre algo...

Santiago A ver tú, Colasín, tú que eres el ojito derecho del maestro... a ver cómo le das coba pa sacarlo del taller.

Colasín (Despues de discurrir un poco.) ¡Ya l'ha dao!

Carmen ¿Cómo?

Colasín Que ya está... las gallinas.

Santiago ¿Cómo las gallinas?

Colasín Vamos a ver, ¿no vamos toas las tardes el maestro y yo ahí, al solar de ustés, a echarle de comer a las gallinas?

Carmen Sí, pero hace unos días que no va... y era su único paseo.

Colasín En primer lugar, que está un paso, y en segundo lugar, porque a él le gusta tó eso de... ¡pitás! ¡pitás!... (Como si echara de comer a las gallinas.) En cuanto venga, ya le sacaré yo las gallinas a relucir y pueden ustés estar seguros de que me lo llevo al solar, y una

vez allí, ya veremos lo que se hace para entretenerlo el tiempo que haga falta. ¿No había dicho el casero que iba a hacer obra en las cañerías del agua?

Santiago Sí, pero .. será cuando quiera hacerla.

Colasín O cuando queramos nosotros, señor; porque yo ahora...

Santiago Que te calles, que ahí viene el maestro.

(Por la derecha, aparece el SEÑOR LAZARO, maestro carpintero, bastante anciano; viene trabajosamente y mirando al taller de arriba abajo. Santiago se pone a labrar y Colasín a dar martillazos.)

Segunda Muy bien, muy bien, maestro... ¿cómo va ese valor?

Lázaro ¡Bah! como siempre... ¿Y tú, qué haces por aquí?

Segunda Pues... la de tós los días... a echarle de comer a éste...

Lázaro Bueno, mujer... De salud estás bien, ¿eh?

Segunda Gracias a Dios, salud no falta.

Colasín Ahora le pregunta por las gallinas.

Lázaro (A Santiago.) ¿Qué es eso?

Santiago Lo de la tienda.

Lázaro ¿Te falta mucho?

Santiago No, lo terminaré esta tarde.

Colasín No se acuerda de las gallinas...

(El señor Lázaro recorre el taller despacio y vuelve al centro de la escena: al llegar cerca de Colasín le coge cariñosamente de la oreja.)

Lázaro ¿Qué haces tú?

Colasín Pues ya ve usté, trabajando como una fiera... Hoy tiene usté mejor cara, maestro... ¿Cómo anda usté de apetito?... Que hay que cuidarse, ¿eh?

Santiago ¡Adiós... éste me mata una gallina!

Lázaro Pchs, no como mal.

Carmen Di que apenas toma alimento.

Colasín Pues eso no está bien, no, señor... hay que comer, hay que alimentarse, hay que tomar buenos filetes... o por lo menos buenos caldos con gallina.

Lázaro Ya lo hago, ya... me tomo dos o tres caldos al día.

Colasín ¿Pero con gallina?

Lázaro Algunos días... (A Santiago.) ¿Y qué, hay más encargos?

Santiago No se apure usté por el trabajo, que el trabajo no falta.

Colasín (A Carmen y a Segunda.) Nada, que no se acuerda de las gallinas, y no hay más remedio que ponérselas delante y meterse en obra... Dejarme a mí y echarme una mano cuando haga falta. . (Acercándose al maestro.) Bueno, pues ya que está usté tan animao y estamos solos los de casa, como si dijéramos, ande usté, señor Santiago, dígale al maestro lo que han acordao ustedes, en vista de que el casero va a hacer obra.

Santiago Ah, sí... Pues verá usté, maestro...

Lázaro Vosotros diréis.

Santiago Pues verá usté... Va pa treinta años que llevo en su casa y yo no puedo olvidar que aquí he aprendío el oficio y no he conocío más taller que éste; tan sólo una vez que se enfadó usté conmigo y a mí se me subió la sangre a la pelota, estuve quince días haciendo el orangután, hasta que nos encontramos usté y yo en la calle y va usté y me dijo, dice: Oye, Milindres, porque usté me llamaba así de aprendiz, porque me criaba mu delgao, y ya ve usté ahora...

Lázaro ¿Pero eso, a qué viene?

Segunda Claro, hombre... das unos rodeos...

Santiago Y cómo no voy a rodear, si no sé qué camino voy a seguir.

Colasín Yo se lo explicaré... Pues verá usté, maestro... El señor Santiago le quiere a usté mucho, y a esta casa más, y como no puede olvidar que aquí aprendió el oficio, que aquí ha estao toda su vida y aquí empezó a menear la cola, y usté entonces hacía lo que hace ahora conmigo, o sea que de cuando en cuando le arreaba un pescozón y, naturalmente, esas cosas no se olvidan, porqu

el trato y los golpes engendran cariño... ¿me entiende usté?...

Lázaro Adelante, y salgamos ya del cariño...

Santiago Este quiere decir... (Yo no sé lo que quiere decir.)

Colasín Sí, señor... y la seña Segunda también quiere decir que usté ahora mismo se viene con ella y conmigo, porque en vista de que usté no se acuerda de las gallinas, son ellas las que se acuerdan de usté...

Lázaro Es verdad, mujer... perdona. ¿Y cómo están, ponen mucho?

Segunda Algunas, sí... un huevo ná más ca una... pero otras, ponen los pies en el suelo y el pico en el trigo...

Lázaro ¡Ah, vamos!... Quieres que te ayude a echarlas de comer.

Segunda Claro.

Lázaro Si es que no tengo humor de nada.

Carmen Pues hay que hacer ánimos y no estarse siempre metido en casa.

Santiago Pues claro, maestro... si total de aquí a casa no hay ná.

Colasín (Cogiéndolo del brazo y llevándoselo.) ¿Se acuerda usté de aquella moñuda que trajeron de Fuenlabrada?

Lázaro Buen ejemplar... ¿y aquélla que te regalé por tu santo?

Segunda ¡Ah, muy hermosa!... Pone unos huevos así de gordos... Verá usté... verá usté... (Mutis los tres por el foro.)

Santiago Ná, que se lo han llevao... ya está la primera parte del programa, y ahora te tengo que decir una cosa... yo no sé si he hecho mal u bien... y a lo mejor pué que haya metío la pata...

Carmen ¿Qué es ello?

Santiago Pues... pues... como el trabajo no abunda y hay que hacer economías, al pagar a Vicente le he dicho que se dé una vuelta el lunes, pero que no respondo de poderle dar trabajo.

Carmen Si no hace falta, le despide usté.

Santiago Es que .. como se trata de Vicente...

Carmen ¿Y qué?

Santiago Ná.. que me parecía que entre vosotros había algo...

Carmen Efectivamente, a usté no se lo he de negar. Se ha dirigido a mí, y como yo no puedo aspirar más que un hombre que sea trabajador... pues... no he tenido inconveniente en hacerle caso; pero poniendo por delante la situación de mi casa y los cuidados de mi padre.

Santiago ¿Entonces no hago mal si le despido?

Carmen Si no hace falta le trata usté como a un oficial cualquiera, si es de ley y me quiere bien, ya volverá... (Aparece por el foro COLASIN, trayendo en la mano la tapa de un water closs.) ¿Y mi padre?

Colasín Tan distraído con las gallinas, allí quedó echándolas de comer, yo he tenido que pasarme ahí al doce...

Santiago ¿Y eso que traes?...

Colasín Esto es del ciento... del ciento uno... Que cuando venía pa el taller, me llamó el señor Eulogio, el portero...

Santiago ¿Y pa qué traes eso?

Colasín Pues pa barnizarlo. Tenga usté las dos pesetas de las astillas... me han dicho que esto corre mucha prisa y que a ver si lo subo en seguida...

Santiago Pues anda, ponte a barnizarlo.

Colasín La verdad es que cuando esté bien limpito y bien barnizadito, dará gusto poner aquí las manos... Y apropósito, señor Santiago, una duda que tengo... ¿Cómo cree usté que se debe llamar esto?

Santiago Pues como se llama, asiento o tabla. ¿Cómo lo llamarías tú?

Colasín Claro que pué tener varios nombres... pero pa mí no le cuadra más que uno...

Santiago ¿A ver?

Colasín El monóculo.

Santiago Hombre, no está mal... pues ponte a dar brillo al monóculo, y tú, (A Carmen.) ya sabes, cierras bien la puerta del cuarto, y si no quieres estar sola, te bajas al taller... ¿Que

vienen esos señores?... ya veremos lo que se hace...

Colasín (Observando.) Pues parece que llaman en el piso de arriba... (Saliendo a la puerta de la calle.) ¡Anda... y aquí viene la señá Segunda, muy sofocada!...

(Entra la SEÑORA SEGUNDA.)

Santiago ¿Qué pasa... y el maestro?

Carmen ¿Y mi padre?

Segunda No tengáis cuidao que el maestro queda tan tranquilo en el solar y yo vengo aquí porque hago falta.

Colasín (Que se ha quedado en la puerta del fondo.) ¡Que ya están ahí!...

Carmen ¿Quién?

Colasín El señor Cortés con los del Juzgao... ¡Pues aquí no entran!... (Cierra la puerta del taller con los cierres metálicos.) ¡Venga una estaca!... ¡Coja usté otra!... ¡Usté, señá Segunda, coja un martillo!... (Todos se mueven cogiendo cada uno de ellos las herramientas que indica el diálogo.) ¡Silencio!...

Santiago ¿Pero qué vas a hacer?

Colasín A defender lo suyo... a defender lo de ésta... (Pequeña pausa. Llaman a la puerta.)

Segunda (Muy decidida.) Si esos salvajes echan abajo la puerta y veis que no me veis, me vais a buscar mañana a la Casa Socorro o a la calle de Quiñones... (1)

Colasín Sí, señora... y yo con usté... (Suenan más golpes en la puerta.) ¡No hay nadie!... ¡¡Nos hemos ido!!... (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

---

(1) Cárcel de mujeres, en Madrid.

ACTO SEGUNDO

Una plazuela de los barrios bajos de Madrid. Al fondo, la fachada de una casa, practicable, en cuya portada dice un letrero: «Carpintería». A la derecha de esta casa, puerta estrecha de un tupi, en cuya muestra se lee: «Bar-Villa». En primer término derecha, casa con puerta practicable, en cuya fachada se lee: «Trapería». En primer término de la izquierda, casa con puerta practicable. En el piso bajo de esta casa, se lee: «Modista». Últimas horas de la tarde. La puerta de la carpintería hace chaflán a otra calle, que se supone continúa a la vuelta.

(Algunos VECINOS y VECINAS, están presenciando, cuando se levanta el telón, cómo PÉREZ va sacando del taller algunos bancos y otros enseres que van desapareciendo, por unos mozos de carga, por la derecha.)

Vecino A este paso no quedan ni las virutas.

Vecina Pues por el otro lao se han llevao ya hasta el soplillo.

Vecina 2.ª ¡Qué barbaridad!

Vecina 3.ª ¡Qué pena!

Vecino ¡Qué rabia!

Vecina 1.ª ¡Pobre señor Lázaro! Tan bueno... Tan honrao...

Vecina 3.ª Ha caído la negra en esta casa.
Vecina 1.ª Aquí viene Colasín.

(Aparece COLASÍN, por la izquierda.)

Vecino 1.º Hola, Colasín. Qué, ¿vienes a ver cómo te dejan sin taller?
Colasín ¡Maldita sea!... Pero, ¿es que en tavía no han acabao esos sayones? Yo voy dentro por lo mío. (Se dirige al taller y le detiene Pérez.)
Pérez ¿Adónde se va, amigo?
Colasín Al taller.
Pérez No pué ser. Ahí no se pasa.
Colasín Es que voy por lo mío.
Pérez Ahí no hay nada tuyo.
Colasín ¿Cómo que no? Ya lo creo.
Vecina 1.ª Vamos, hombre, ¡no sé por qué no ha de poder pasar el chico!
Todos Pues claro.
Pérez Pero, ¿qué es lo que buscas tú?
Colasín A *Pinocho.*
Pérez Oye, niño; chuflitas, no.
Colasín No son chuflitas, señor; es que tengo guardada en mi banco una colección de *Pinocho* que me he comprado para mi solaz. Yo quiero mi *Pinocho.*
Pérez Bueno; coge tu *Pinocho*, pero sal en seguida.
Colasín Natural que sí. (Entra en el taller.)
Vecina 1.ª Pero, ¿hay alguien dentro?
Vecina 3.ª Cá. Están tós en casa del señor Santiago. El maestro no sabe ná.
Vecina 2.ª ¿Es posible? (Sale corriendo Colasín del taller, con un envoltorio y el cacharro de la cola, que esconde entre los vecinos.)
Colasín Esconderme eso ahí.
Pérez ¡A ver, qué llevas ahí!
Colasín (Enseñándole los periódicos.) Yo... *Pinocho* .. ¿Quiere usté que se lo presente? Es muy amigo mío.

(Se separa Pérez, que sigue recibiendo muebles que salen del taller. Alguna vez, para probar la resistencia de un objeto, lo tantea y lo sacude en el aire; si el objeto es una silla o sillón, se sienta en él para probar su resistencia; una vez que este señor Pérez

ha examinado el mueble «desahuciado», lo entrega a la pareja de Mozos de carga, que los van conduciendo a un carro que se supone está a la vuelta de la calle. Los vecinos, de vez en cuando, murmuran y hacen comentarios y hasta alguna vez amenazan, cuando no les ve, a Pérez.)

Colasín Bueno, mi dignidad está satisfecha; ya salvé el cacharro de la cola y a *Pinocho*...

Vecina 1.ª Pero, oye, ¿qué ha pasao? Cuenta.

(Colasín, que ha venido siguiendo el juego de Pérez de probar las sillas sentándose en ellas, aprovecha la ocasión en que sacan otra silla y Pérez se distrae un poco mirando por la puerta del taller, coge con cuidado el cacharro de la cola y embadurna todo el asiento del pegajoso líquido, volviendo otra vez disimuladamente el cacharro a su puesto entre los vecinos y se reúne con ellos formando un corro y hablando secretamente. Pérez se vuelve a la silla, la examina ligeramente con la vista, la tantea también ligeramente y, por fin, de sienta, y al ir a levantarse, surge la tragedia; lucha un poco, no puede desprenderse en unos momentos, estallando por parte de los vecinos una ovación. Perez se «cabrea», mira amenazadoramente a las turbas, pero como no puede hacer nada sin la silla, hace mutis por la derecha, llevando la silla sujeta con los dos brazos, a fin de poder señalar el paso. La ovación durará todo lo que dura el mutis. Uno de los hombres que hay dentro del taller, cierra el taller y desaparece.)

Colasín (Acercándose a la puerta del taller.) ¡Maldita sea! Y así se acaba un taller después de tantos trabajos. (Murmullos y amenazas entre los vecinos.)

Vecina 1.ª Pero, cuenta; ¿qué ha pasao, hombre?

Colasín Casi ná. ¿Ustedes han oído hablar de la batalla de las Navas?

Vecino 1.º Yo de las Navas, no he oído hablar más que de la leche...

Colasín ¡Qué analfabético! Bueno; pues que ayer tarde estábamos tan tranquilos, y en esto que la señá Segunda se presenta en el taller muy alborotá, con unos ojos que parecían dos ascuas encendidas y una boca llena de espuma, diciendo: ¡Ahí vienen!... ¡Ahí vienen los del Juzgao! Total: que nos encerre-

mos aquí, nos armamos de toas las herramientas, y empieza la lucha más épica que se registra en la Historia de España. Viriato, Aníbal, Escipión...

Vecino ¿Eran los tres del Juzgao?

Colasín Hombre, no sea usté cuadrúpedo. Eran les tres guerreros más valerosos de la antigüedad. Bueno; pues esos tres guerreros eran tres supertanguistas al lao de la señá Segunda y de nosotros dos... ¡Qué manera de resistir, de repartir leña! Serían las seis de la tarde cuando el enemigo se presentó en esa puerta pidiendo la entrada, pues hasta las tres de la madrugada no lograron forzar los cierres, y el primero que logró forzarlos, cayó exánime víctima de un estacazo, marca cartaginesa, dado con una garlopa por el señor Santiago; pero eran muchos los romanos, muchos y bien armados, y hubimos de rendirnos los escasos sí que también heroicos cartagineses. ¡Roma triunfó de nuevo!

Vecina 1.ª ¿Y la señá Segunda?

Colasín ¡A Roma por todo! La señá Segunda, jadeante y rabiosa, tuvo que ser conducida por la fuerza pública a la Casa de Socorro, primero, y después, al Capitolio de la calle de Quiñones, donde estará recogiendo a estas horas los laureles de su heroísmo.

Vecina 1.ª ¿Y Carmen?

Colasín Con el señor Santiago, al lado del maestro.

Vecino 1.º ¿Y qué vais a hacer?

Colasín Yo, una vez que haya hecho entrega de este fragmento de taller, buscar otro taller. ¿Qué otro camino queda?

Vecina 2.ª Tienes razón.

Colasín Oye, ¿os habéis fijao? (Mirando a la derecha.)

Vecina 2.ª ¿En qué?

Colasín ¿No veis aquel automóvil allí parao?

Vecinos Sí, sí... ¿qué?

Vecina 1.ª Pues lleva parao un rato.

Vecino 1.º Toma, será un taxi.

Colasín Menudo taxi.

Vecino 1.º Es un Packard...

Vecino 2.º Es un Roll. ¡Vaya coche!

Vecina 2.ª Bueno, ¿y qué pasa?

Colasín Pues que hace un rato, desde que empezaron a sacar los muebles, se ha bajao del coche una mujer muy elegante que poco a poco se iba acercando aquí, y como ha visto tanta gente, se ha vuelto a subir. Pero, mira, cómo sigue dentro mirando hacia acá. ¿La veis? Ahora se ha vuelto a esconder dentro del coche... y vuelve a marcharse...

Vecino 1.º ¡Bah! Alguna curiosa. Bueno, Colasín, se acabó lo que se daba, que tengas suerte.

Colasín Buena falta me hace, voy a ver si encuentro taller.

(Mutis Colasín por la derecha y los Vecinos por la izquierda. A poco aparece CÁNDIDA, con los dos chicos sujetos de las faldas y otro en brazos llevando la parte de la cama que había en el taller. Al llegar frente a la puerta del taller se para, y viendo que está cerrado queda un poco indecisa y por fin se decide a seguir por la derecha haciendo mutis. Por la izquierda aparecen el SEÑOR SANTIAGO y CARMEN.)

Santiago Ya estamos aquí, ¿y qué adelantas con ver esto?

Carmen Todo se acabó. (Mirando con pena.)

Santiago Todo, hasta mi buen humor; bueno, es que con tantas cosas como han ocurrido en tan poco tiempo, ¿a quién no se le acaba el humor y el gusto? Y que la cosa no tié malicia. Tú has perdido tu taller y tu casa, y yo he perdido mi taller, mi trabajo y pué que pierda mi mujer, porque la Segunda, por desacatar las leyes y atacar a los funcionarios ha caído de bruces dentro de no sé cuántos artículos del Código, ¡pobrecita mía! Oye, ¿tú crees que se habrá calmao ya, o habrá empezao a golpes con el juez, el escribano y el alguacil?

Carmen (En lo suyo.) ¡Veinticinco años!

Santiago ¡Veinticinco años de cárcel! Es mucho; conque esté unas horas bastará, mujer. Bueno, vámonos, anda.

Carmen (Mirando al frente.) ¡La Segunda! ¡Que viene la Segunda!

Santiago ¡Hija de mi vida!

(Aparece despacito la SEGUNDA, por la derecha.)

Segunda ¡Ay, Santiago de mi vida, creí que no te volvía a ver más! (Se abrazan. A Carmen.) ¡Hija!

Santiago ¿Pero cuándo y cómo te han soltao? ¿Y por qué te han soltao?

Segunda Pues porque he dicho la verdad, señor; con la verdad se va a toas partes. Pues ná, que va el juez y me dice que hable y manifieste tó lo sucedido; y yo, bueno, yo voy y me suelto el pelo, y pa qué, le hice una relación de la vida de éstos, quién era su madre, que esté en gloria, quién es su padre, lo de la fuga de la otra, quién eres tú, dónde te conocí, cómo me engañaste...

Santiago ¿Yo?

Segunda Pa arrancarme el sí, hombre.

Santiago ¡Ah!

Segunda Total, que a la hora y media de haber desembuchao tó lo que tenía dentro y de haber dao mi opinión sobre lo mal hechas que están las leyes, el juez me dejó libre y además me llamó a su despacho y nos hemos hecho íntimos amigos.

Santiago Oye, oye...

Segunda Vamos, anda; si es un viejecito muy simpático. Bueno, y vosotros ¿qué? ¿Habéis encontrao trabajo?

Santiago Apenas he tenido tiempo de buscarlo.

Segunda ¿Y tu padre?

Carmen Mi padre...

Segunda Claro, me habrá echao de menos y se habrá enterao ya de tó.

Carmen Yo no sé qué pensar, por un lao parece que está enterao de todo; por otro lao, ni dice ná ni pregunta ná.

Santiago Está como un niño, donde le dejamos se queda quietecito; fuera de las gallinas no habla con nadie ni dice ná. Nos mira a tós de una manera rara, eso sí.

Carmen A mi juicio está tan enterao como nosotros y se deja engañar para menguar nuestro sufrimiento. O por lo menos tiene miedo de saber toda la verdad.

Segunda ¿Pero él ha hablao con alguien?

Carmen Sí, ha ido a verle dos o tres veces el maestro vidriero.

Santiago Por lo visto el maestro vidriero se ha enterao de que se encuentra en Madrid, de paso y hospedao en uno de los mejores hoteles, Miguelito Heredia; un señorito juerguista, hijo de aquel contratista del Plantío que le quedó a deber al maestro una cuenta de ocho mil y pico pesetas. No es que a mí me lo haya dicho el maestro, porque esa gestión la quié llevar él, pero por medias palabras que me dijo el vidriero he deducido que tratan de cobrar lo suyo.

Segunda Muy bien, sí, señor. Eso mismo es lo que me ha dicho el juez, ¿por qué ese maestro si le deben tanto no entrega el asunto a un abogao?

Carmen Como siempre hemos salido perdiendo.

Segunda Pues yo tengo mi plan, sí, señor; voy a dar un paso, pero yo sola, de manera que con toda franqueza pa este paso que yo voy a dar, me estorbáis los dos, y por si me sale mal, tú (A Carmen.) a tu taller, y tú (A Santiago.) a ver si te da la gana de buscar trabajo.

Santiago ¿Qué vas a hacer?

Segunda Vosotros dejarme a mí. (Señalando a la trapería.) ¿Sabes si está ese en casa?

Santiago Me parece que no está más que la chica. ¡Ah, vamos! El paso que tú vas a dar me lo figuro. Mira que a pesar del parentesco lácteo que hay entre vosotros dos, nunca hemos recurrido a esa puerta.

Segunda Alguna vez tiene que ser la primera.

(Se oye vocear y pregonar al señor Angel, el trapero: «¡Trapero, paraguas, ropa vieja que vender!)»

Carmen Ahí viene el señor Angel.

Segunda Pues dejarme con él. (Mutis Carmen y Santiago. Carmen entra en la casa de la izquierda y el señor Santiago por la derecha.)

Santiago Buena suerte.

Carmen Que Dios te ilumine, Segunda.

Segunda Dios está de mi parte.

(Aparece el SEÑOR ANGEL, llevando dos chisteras, una encima de otra, la alambrera de un brasero y una funda de colchón.)

Angel (Gritando.) «¡Trapero!» (Repitiendo el pregón.)

Segunda Y ole, vaya estilo y vaya pregón.

Angel Anda, ¿pero estás tú por aquí?

Segunda Ya ves..

Angel Pues ahora pensaba ir a ver a Santiago y a ofrecerme pa lo que haga falta, porque yo no me he enterao de ná hasta esta mañana; anda, pasa a casa y hablaremos y estarás más cómoda.

Segunda No, no quiero testigos de vista.

Angel Si esa chica es tonta: ni oye, ni ve, ni entiende, y además, me tiene muy disgustao; ni me sirve pa ná ni hace cosa a derechas, ¿quieres creer que la mayor parte de los días tengo que irme a comer a la taberna porque no sabe poner ni un mal cocido?

Segunda Eso ya te lo advertí a su tiempo; esta sobrina tuya parece tonta y además lo es, no me hiciste caso...

Angel Bueno, deja a la chica y vamos a lo interesante. ¿Qué es lo que necesitas de mí? ¿En qué te puedo servir?

Segunda Mira, Angel; tú ya sabes que yo siempre te he tenío por hermano.

Angel Y lo soy. Por algo tú y yo hemos chupao del mismo biberón. Anda que si no es por tu madre, ¿dónde habría estao yo a estas horas?

Segunda Cierto.

Angel Las veces que se lo he oído referir a mi padre, tu madre nos cogía a ti y a mí y nos colocaba frente a frente y ahora pa ti, y ahora tú, que chupabas tú y chupaba yo hasta que entrambos a dos nos hinchábamos.

Segunda Así ha sido.

Angel Yo no he conocío otra madre que la tuya;

te casaste tú, me casé yo, tuve la suerte, digo, la desgracia de enviudar y quedarme solo, sin hijos y con la trapería, unos cuantos duros ahorraos y un relativo buen humor, ¿pa qué más?

Segunda Dios te lo conserve. Yo tampoco me quejo. Soy feliz con mi Santiago, algo pendoncete me ha salío, pero en fin, salvando eso y la cuenta de los sábados que nunca me sale bien ni creo que me saldrá, no echo ná de menos.

Angel Lo creo, porque de lo contrario hubieras acudido a mí antes que a nadie.

Segunda Por de contao, y la prueba la tiés en esta visita.

Angel ¿Me vas a hablar del maestro?

Segunda Justamente.

Angel ¡Las cosas de la vida! Ahora mismo me ha avisao el señor Cortés, que va a venir, pa que le compre todo el mobiliario de esa casa y ese taller, y si no fuera porque es vecino mío y una gran persona el señor Lázaro, a quien paece que la desgracia no se cansa de perseguir, créeme que tó lo de esa casa sería mío y por poco dinero.

Segunda Pues mira, Angel, acaso te convenga comprarlo, pa que luego lo vendas a buen precio...

Angel ¿Y a quién se lo voy a vender?

Segunda A mí.

Angel Bueno... si te conviene comprarlo y si no pierdes dinero...

Segunda No... si el dinero me lo vas a dar tú también...

Angel No entiendo.

Segunda Pues me vas a entender... A un hombre honrao, a un hombre bueno, vecino tuyo además, y al que conoces como yo, de toda tu vida, le pasa lo que sabes. Nosotros venimos cerca de treinta años comiendo el pan de esa casa; con seis mil pesetas se puede evitar su ruina... ¿Quieres prestarnos esas seis mil pesetas hasta que podamos pagártelas, que pué que tardemos mucho en pa-

gártelas?... Y ya está dicho tó. Pa mí, no lo hubiera pedío nunca... pa el maestro, sí. Ahora tú dirás.

Angel Y yo digo al revés que tú. Pa ti, ahora mismo y sin hablar más te las daba, porque, gracias a Dios, las tengo; ahora, pa un extraño... pa mí que no es plan. ¿Vosotros lo habéis pensao bien?.. Porque al maestro pueden arreglársele pronto las cosas o pueden no arreglársele nunca... y claro... el agradecimiento es muy grande, pero los negocios no tienen entrañas.

Segunda Pues yo te digo, Angel, que más, mucho más te agradeceré que me hagas a mí ese favor pa el maestro, que si fuera pa mí misma, créemelo...

Angel Bueno, pues... (Aparece BLANQUITA por la puerta de la trapería. Blanquita es una muchacha de unos catorce a quince años, greñuda, mal vestida, con tiznones en la cara y con un aire de imbécil que derrumba.) ¡Caramba, cielo de la casa!... ¿De dónde sales tú, princesa del fogón?

Segunda De la carbonera... no hay más que verla.

Blanquita Me sa pagao la lumbre.

Segunda Pues enciéndela.

Blanquita No tengo cerillas.

Angel Toma cerillas.

Blanquita Es que tampoco tengo carbón en la carbonera.

Segunda Como que lo llevas en la cara... ¿Por qué no te lavas?

Blanquita Ya me lavé el domingo.

Segunda ¡Ah, pues claro... entonces no digas más!... De domingo a domingo veo tu cara...

Angel ¿Qué me vas a dar de comer, encanto?

Blanquita Lo que usté quiera... ahora que a mí se me había ocurrido ponerle hígado de cerdo, mejorando los presentes, con unas patatas suflés, revueltas con calamares en tinta, con cuarto quilo esgabeche, en su propia salsa, y después...

Segunda Después, no; inmediatamente la unción... ¿Qué te ha hecho tu tío, pa quererlo asesinar?...

Blanquita Es que le gusta mucho el esgabeche...

Angel Y me quiere esgabechar... Anda, anda... toma... tráete medio quilo de filetes y déjate de platos de tu invención... y tú, (A Segunda.) hija, haz el favor de pasar y échame una mano a la casa, que buena falta la está haciendo...

Segunda Bueno, pero... no olvides eso del maestro.

Angel No lo olvido, mujer, pasa, anda...

(Mutis los dos a la trapería. COLASIN aparece por la derecha, trayendo su cacharro de la cola, y detiene a Blanquita, chistándola.)

Colasín ¿Dónde vas con la cara tizná?... ¿Dónde vas con el pelo rizao?...

Blanquita Amos... amos...

Colasín Ven acá tú, Blanca Flor... estrella del Oriente...

Blanquita Déjame.

Colasín ¿Has pensao ya lo que te dije anoche?... Di, negra... digo, Blanca.

Blanquita Déjame, Colasín.

Colasín Que te deje... ¿por qué?

Blanquita Porque no te creo; los hombres sois muy engañadores.

Colasín Engañador... maldita sea... y estoy más colao por ti y voy detrás de tu cuerpo con más fatigas.

Blanquita ¿Pero qué has visto en mí, pa que te enamores así?

Colasín El corazón no entiende colores, Blanca. Bien a la vista está que no eres una Venus, ni una Lucrecia, ni una Gioconda...

Blanquita Oye, que yo no te he hecho ná pa que me insultes.

Colasín Si no son insultos, mujer .. son comparaciones muy honrosas pa ti... porque tú no eres tan fea como parece a primera vista... en cuanto te pongas a buenas con el agua y te laves tós los días, te pases una mano por esa frondosa y crespa cabellera, te mudes de ropa alguna vez y me permitas a mí que te

cepille un poco, no te conoce ni tu distinguida familia, conque tú dirás...

Blanquita Oye, ¿qué es eso que llevas ahí?

Colasín Pues ya lo ves, el cacharro de la cola.

Blanquita ¿Por qué no lo sueltas?

Colasín Porque esta cola es de la que se agarra a las manos y se pega al corazón... y tú, ¿dónde vas ahora?

Blanquita A la carbonería, y después a comprar unos filetes.

Colasín ¿Me permites que te acompañe?

Blanquita No, porque luego murmuran las gentes.

Colasín Déjalos que murmuren.

Blanquita Sí, pero, a lo mejor, te arrepientes y luego quien pierde es una.

Colasín Tú que vas a perder... si mi cariño es más firme y constante que la previa censura. El primer domingo que salgamos juntos voy a derrochar contigo un capital.

Blanquita ¿Qué me vas a comprar?

Colasín Dos globitos de colores y diez de majuelas.

Blanquita ¿De verdad?

Colasín Como estas que son cruces, que el próximo domingo te comes las majuelas y te suelto los globitos, es viejo.

Blanquita ¡Colasín, se te ocurren unas cosas!... (Muy cariñosa y sonriente.)

Colasín Pa ti, ladrona. (La tira un beso. Mutis Blanquita.) Me tiene a mí chalao esta morucha.

(Aparece EUGENIA, por la derecha.)

Eugenia ¡Oye, pequeño!

Colasín Usted dirá.

Eugenia Tú eres el aprendiz de esta carpintería, ¿verdad?

Colasín Aprendiz adelantao, pa servir a usté. ¿Quería usté algo del taller?

Eugenia Sí, quería dar un aviso, pero como está todo cerrado...

Colasín ¿Es usté parroquiana?

Eugenia Hace mucho tiempo.

Colasín ¿Entonces ya sabrá usté lo que ha pasao?

Eugenia No... me ha chocado ver muebles y herra-

mientas en la calle y he pensao si estaban de mudanza.

Colasín Ya lo creo que se mudan.

Eugenia ¿Y adónde?

Colasín A mitad del arroyo.

Eugenia ¿Cómo?...

Colasín ¿Pero de verdá que usté no sabe ná? Pues lo sabe ya tó el barrio...

Eugenia Es que yo vivo lejos de aquí y hace tiempo que no vengo por el taller.

Colasín Pues mire usté a lo que ha quedao reducido el taller... (Mostrando el cacharro de la cola.) Ya puede usté cambiar de maestro.

Eugenia (Después de mirar a todas partes y acercándose a Colasín, en tono confidencial.) Oye, pequeño, ¿a ti qué te hace falta?

Colasín ¡Anda, la mar de cosas!... En primer lugar taller donde trabajar...

Eugenia Me refiero a tu persona. ¿Qué te hace falta a ti? ¿Qué comprarías si tuvieras dinero y con cuánto te conformarías?

Colasín Ah, pues si yo tuviera dinero, en primer lugar me compraría una pelliza pa el invierno y una gabardina pa entretiempo; también me hacen falta unos zapatos, un traje de lana dulce, unos calcetines fantasía y una gorrita a cuadros... con eso y treinta pa castañas, más mi suscripción de *Pinocho*, sería muy feliz.

Eugenia Pues todo eso y algo más tendrás, si me cuentas todo, absolutamente todo lo que ha ocurrido en esta casa.

Colasín ¿Usté conoce al señor Lázaro, al maestro?

Eugenia Sí, mucho

Colasín Pues es el hombre más bueno y más desgraciao del mundo... y por bueno, se ve así, y sobre tó, desde que se le escapó de casa una hija, la que él más quería, parece que no ha existido para él ni más mundo ni más vida que su dolor y su pena.

Eugenia ¡Ah!... ¿Pero se le ha escapado una hija?

Colasín Sí, señora; dicen que era guapísima... yo no la llegué a conocer, y miste, por un lao me alegro no haberla llegao a conocer. .

Eugenia ¿Por qué?

Colasín Porque a gente así no gana uno ná con conocerla; ahora, que si alguna vez estuviera delante de mí y me la echara a la cara y me dijeran: esa es la otra hija del maestro, la diría yo: «Por usté, so impúdica, por usté, se ve así un hombre honrao y una casa hundida...»

Eugenia ¿Y no te han dicho por qué se escapó?

Colasín A la cuenta, tenía muchos pájaros en la cabeza. Claro, como parece que tenía también hechuras y desenvoltura, pues resultó un si es no es... que yo creo que sí es... una de esas fulanas que quieren imitar a Madame Pompadour. ¿Usté me entiende?

Eugenia Sí. Adelante.

Colasín Que no había nacido para estar entre virutas.

Eugenia Bien. Pero aquí en el taller, en la casa del maestro, ¿qué ha pasao?

Colasín Es que como lo uno ha sido consecuencia de lo otro, y pa que usté se vaya haciendo cargo le hago esta pequeña historia retrospectiva, y como da la casualidad que el maestro era la hija que más quería, pues desde que ocurrió aquéllo no se ha ocupao de ná, y aquel golpe y otro de los malos pagadores, han determinao la catástrofe. En total: que le han embargao el taller y hoy se ve en la ruina.

Eugenia (Sin poder disimular la emoción.) ¿Es posible?

Colasín Sí, señora. El maestro Lázaro no está en la calle, gracias a que le han recogío en el solar el señor Santiago y la señá Segunda. (Eugenia tiene que hacer grandes esfuerzos para dominarse, y Colasín la observa un rato.) ¿La pasa a usté algo? Claro, es natural. A tó el mundo que conoce al maestro, le sucede lo mismo.

Eugenia (Serenamente.) Bueno. Vamos a ver, pequeño. ¿Tú entiendes de moneda?

Colasín Según la clase de moneda que sea. Conozco la diferencia que hay entre una gorda y una chica; la plata, dicen que es blanca, y del oro he oído hablar.

Eugenia (Dándole un billete.) ¿Qué es ésto?

Colasín También he oído hablar de los billetes. Aquí dice cincuenta pesetas. Banco de España.

Eugenia Para ti. Pero has de hacer lo que yo te diga y, sobre todo, guardar la mayor reserva.

Colasín Con un Banco como éste (Por el billete.) trabajo yo a destajo noche y día. Y respective al secreto, más que una simple tumba, seré una Necrópolis. ¿Qué hay que hacer? Si no se trata de asesinar a alguien, de robar u cosas así, punibles, que caigan dentro del Código, vaya usté diciendo.

Eugenia (Señalando a la derecha.) ¿Ves aquel automóvil?

Colasín ¡Hermoso carruaje! Me lo sé de memoria.

Eugenia ¿Cómo?

Colasín Si mal no recuerdo, me parece que ese mismo automóvil viene pasando por esta calle y estos alrededores hace tres o cuatro días.

Eugenia Efectivamente; así es. Ya veo que eres espabilado e inteligente.

Colasín Aprendiz adelantao y ligeramente culto; sí, señora. También sé ayudar a misa de dos maneras.

Eugenia Bueno: pues ahora iré yo a él. Observa que, un poco detrás, hay un taxi. ¿Lo ves?

Colasín (Mirando.) Sí, señora; lo veo. Es de cero sesenta. Amarillo, sí.

Eugenia Pues en ese taxi, vas a subir tú y me sigues.

Colasín ¿Cómo dice usté?

Eugenia Que yo ahora subiré en mi auto, y tú me sigues en aquel taxi. Ya le diré yo al chófer que no fuerce la marcha, a fin de que puedas alcanzarme pronto.

Colasín Pero, ¿que yo la siga a usté? ¿Y pa qué?

Eugenia Ya te lo explicaré Quiero conocer todos los detalles de lo ocurrido en esa casa, y aquí es muy expuesto continuar por más tiempo. (Mirando a todas partes.)

Colasín Sí. Pero... yo...

Eugenia Ahí va otro billete.

Colasín ¿Otro?

Eugenia Sí, para que me sigas.

Colasín (Cogiendo el billete y muy decidido.) ¡Eche usté palante.

Eugenia Creo inútil decirte que donde yo me apee, paras tú.

Colasín Comprendido, señora. Ni una palabra más. Eche usté palante. (Mutis Eugenia por la derecha. Admiración.) ¡Mi madre! ¡Y luego dicen que las películas! ¿Se habrá enamorao de mí? ¡Si cuando yo decía (Cogiendo el cacharro.) que ésto iba a traer cola! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gabinete lujosamente amueblado. Puerta al fondo y laterales. En último término de la derecha, un biombo. En primer término de la izquierda, una mesa, con aparato telefónico.

—

(Al levantarse el telón se encuentran en escena el SEÑOR LÁZARO y FELISA, la doncella. El señor Lázaro permanece en último término, descubierto y en actitud humilde.)

Felisa Que tenga la bondad de esperar un momento. El señorito saldrá en seguida.

Lázaro Muy bien. No tengo prisa.

Felisa Me prguntó su nombre, y le dije lo que usted me dijo: un obrero.

Lázaro Lo que soy; un obrero. No he dado mi nombre porque acaso no lo recuerde. Quien me conocía, y al que yo serví muchos años, fué al papá del señorito. Al señorito le vi dos o tres veces nada más; pero él, seguramente, no recuerda de mí.

Felisa Aquí está el señorito. (Mutis Felisa.)

(Aparece MIGUEL HEREDIA, por la lateral izquierda, y saluda a Lázaro con una inclinación de cabeza.)

Miguel Usted dirá.

Lázaro ¿Es don Miguel Heredia a quien tengo el gusto de saludar?

Miguel Servidor de usted.

Lázaro En efecto. Si le veo en la calle, puede que no le hubiera reconocido. Está usted algo cambiado.

Miguel ¡Ah! ¿Pero usted me conoce?

Lázaro Hace mucho tiempo.

Miguel Pues yo no recuerdo. Usted dirá.

Lázaro Señor: yo, como le ha anunciado a usté la doncella, soy un obrero; mejor dicho, lo era, porque en la actualidad, ni aun puedo ostentar esa categoría, ni puedo trabajar, ni, aunque pudiera, tengo dónde. (Pausa.) Hace poco, aún llevaba mi nombre la portada de un taller donde trabajaba y daba trabajo. Hoy ese taller está cerrao. Peor que cerrao. Hundido por el egoísmo de unos y la falta de hombría de bien de los otros. El que ayer era un maestro, hoy es un pobre hombre, y por eso he venido a ver a usté.

Miguel (Echando mano a la cartera y ofreciéndole un billete.) Tenga usted.

Lázaro (Extrañado.) ¡Eh! ¿Qué es eso?

Miguel Un billete de cien pesetas. Y podía usted haber empezado por ahí y ahorrarme la relación de sus agobios.

Lázaro Señor, usté se ha equivocado. He dicho que soy un pobre hombre, pero todavía no pido limosna.

Miguel Perdone usted. Yo había creído...

Lázaro Que era un sablista. No, señor. Vengo a pedir, sí; pero vengo a pedir lo mío.

Miguel Explíquese usted.

Lázaro A eso voy.

Miguel Siéntese, si quiere.

Lázaro No, señor. Procuraré ser breve, ya que usté, según parece, tiene prisa. Usté no recuerda de mí, porque sólo me vió una o dos veces

y, además, estoy más cambiado aún que usté. Cuando nos conocimos, tenía bríos, alientos y deseos de vivir y de luchar; tenía mi oficio, mi casa, y tenía dos hijas que eran mi encanto y mi orgullo. Hoy todo ha quedado reducido a la mitad.

Miguel ¡Ah! ¿Se le murió a usted una hija?

Lázaro Peor que si se hubiera muerto. Pero, en fin, con ser ésto para mí lo más importante, no lo es para usté, y aquí de lo que se trata es de que sepa usté, señor Heredia, que un servidor es el antiguo maestro carpintero de su señor padre, el maestro Lázaro, el carpintero Lázaro, que viene a reclamarle una deuda.

Miguel ¿Una deuda?

Lázaro Sí. Una deuda que importa ocho mil setecientas cincuenta pesetas por mis trabajos de carpintería y suministro de materiales para los dos hotelitos que edificó su señor padre en El Plantío, con arreglo a este presupuesto (Saca el documento.) que, como usté puede comprobar, lleva la conformidad y firma de su señor padre.

Miguel Pero, ¿no se liquidó todo aquéllo?

Lázaro No, señor Yo no he percibido un solo céntimo. Recordará usté que, a poco de terminarse los hoteles, falleció su señor padre y, al acudir a usté todos los artistas que intervinimos en aquellas obras, nos rogó, nos suplicó que le concediésemos un plazo para arreglar los trabajos de su testamentaría. Tanto mis compañeros como yo, no tuvimos inconveniente en darle a usté ese plazo y cuantas facilidades usté nos pedía; pero después no hemos vuelto a saber de usté.

Miguel Tuve forzosamente que hacer un viaje al extranjero; razones de familia me obligaron a ello.

Lázaro Y yo respeto esas razones; pero ahora...

Miguel Sí, sí; tiene usted razón. Ahora usted reclama lo suyo. (Acercándose a la mesa) ¿Me hace usted el favor de darme sus datos? ¿Su nombre? Señor Lázaro, (Escribiendo en una cuartilla.)

maestro carpintero, reclama ocho mil setecientas cincuenta pesetas por las obras de carpintería de los hoteles de El Plantío. Bien, bien. Pues yo cotejaré mis documentos, veré mis cuentas y, desde luego, no tenga usté cuidado; si, como afirman esos documentos, yo le soy deudor, yo pagaré esa deuda.

Lázaro Y Dios le pagará a usté, además, el inmenso favor que me hace. Porque es preciso que sepa usté, señor Heredia, que si me he atrevido a dar este paso, es porque estoy en la calle. Sí, señor; en la calle. Verá usté.

Miguel Nada, nada; no se esfuerce usted. Vuelva.

Lázaro ¿Cuándo he de volver?

Miguel Luego. Más tarde. Cuando yo haya podido examinar mis documentos. Si no, mañana.

Lázaro Usté no se molestará si no espero a mañana y vuelvo hoy, porque mi situación, señor Heredia, es muy crítica. Verá usté.

Miguel Nada, nada. Vaya usted con Dios, y vuelva. (Suavemente, le conduce a la puerta de salida. Mutis el señor Lázaro.)
(Con gran disgusto.) Pues, señor, y con éste van tres. Estoy divertido. Pero, ¿cómo se han enterado estas gentes de que estoy en Madrid? ¿Dónde me han podido ver? (Llamando.) ¡Felisa!

Felisa (Saliendo.) Mande el señor.

Miguel ¿No ha regresado aún la señorita?

Felisa No, señor.

Miguel ¿Y no sabes dónde está?

Felisa No, señor. Salió en el coche de los señores de Espinosa.

Miguel ¿Con la señorita Lidia?

Felisa Completamente sola. La señorita Lidia está en el hotel. Hace un momento preguntó por los señores y si había regresado la señorita.

Miguel ¡Ah! ¿Están en el hotel? Pues anda, haz el favor de llegarte a sus habitaciones y, si está el señorito, que se acerque un momento a verme.

Felisa Bien (Mutis.)

Miguel (Como pensando una solución.) Es lo mejor, sí. No

había yo previsto estas deudas. (Se acerca a la mesa, coge la lista de teléfonos y, después de hojearla un poco, hace funcionar el aparato, llamando.) Nuevecientos treinta y cuatro de Mayor... Compañía de coches camas... Bien... ¿Tiene la bondad de decirme qué día puedo contar con dos camas para el sud-exprés?... ¿Hoy no?... ¿Y mañana?... Pues reserve dos para mañana... Señor Heredia... Si acaso necesito otras dos, avisaré... De todas formas, seguras, dos. . Sí, sud-exprés... Gracias. (Suelta el aparato, saca un pitillo, enciende y pasea por la habitación.)

(Aparece ESPINOSA, por el foro.)

Espinosa ¿Qué quieres?

Miguel ¿Ibas a salir?

Espinosa Cuando Eugenia lo permita.

Miguel ¡Ah, vamos! ¿Se ha llevado el coche?

Espinosa Claro.

Miguel ¡Hombre, por Dios! ¿Ves tú?

Espinosa Qué, ¿te molesta? ¡A ver si es que no vais a poder disponer del coche y de todo cuanto tengamos!

Miguel Pero no está bien. Esta chica está loca. Yo no sé qué pensar. Llevamos cuatro días en Madrid, y tan sólo he salido con ella un par de veces. Siempre me pone cualquier pretexto para salir sola.

Espinosa ¿Celoso?

Miguel Tontería. Pero me molesta que a mí me deje solo y a vosotros sin coche. En fin, vamos a lo nuestro. ¿Qué plan tienes?

Espinosa Pues lo que hemos convenido. Pasar unos días en nuestro antiguo Madrid, y regresar a la ciudad luminosa cuando nos aburriéramos. Tú te has aburrido ya, por lo visto.

Miguel Aburrido, no. Pero me vuelvo a París. ¿Regresamos juntos?

Espinosa ¿Cuándo te piensas ir?

Miguel Mañana, porque no puede ser hoy.

Espinosa Consultaré a Lidia. ¿Es que te sucede algo?

Miguel Pchs. Quiero evitarme el tener cuentas atrasadas con la familia.

Espinosa ¡Ah! Bueno.

Miguel Sí. Unos obreros a quienes, según dicen, mi padre dejó a deber no sé cuánto. De los cuatro días que llevamos en Madrid, no me han dejado uno en paz. Yo no sé por quién se han enterado que estaba aquí, en este hotel; pero es lo cierto que cuando no es el cerrajero, es el carpintero o el hojalatero, y se empeñan en cobrar. ¡Como que yo he venido a Madrid a eso! ¿Has visto? Están buenos los tiempos para desprenderme de veinte o treinta mil pesetas.

Espinosa ¿Necesitas dinero?

Miguel Lo que necesito es marcharme.

Espinosa ¿Me permites una pregunta?

Miguel Sí, hombre.

Espinosa ¿Te llevas a Eugenia?

Miguel Pchs, no me estorba.

Espinosa Con franqueza. ¿Estás enamorado de ella?

Miguel Chico, no lo sé. Pero a veces temo llegar a enamorarme de verdad; sobre todo cuando observo en ella ciertas inquietudes espirituales, ciertas arrogancias que se avienen muy mal con el concepto que de ella formé primeramente, cuando supuse que se trataba de una muchacha frívola. Por otra parte, la plena y absoluta fidelidad que me guarda, hace que me considere, si no enamorado, satisfecho.

Espinosa Otra pregunta.

Miguel Las que quieras, hombre.

Espinosa ¿Tú sabes qué hace Eugenia? ¿Qué vida lleva en Madrid?

Miguel No, ni se lo he preguntado. Cuando tú y yo convinimos pasarnos unos días en Madrid, se lo dije a Eugenia; me contestó: «Bien», y al llegar aquí, lo único que me pidió fué que la dejase visitar sus antiguos barrios.

Espinosa Pero, ella tiene familia aquí, ¿no?

Miguel Tampoco se lo he preguntado; porque he podido observar que no la gusta que me ocupe de su procedencia. Cuando alguna

vez hablamos de la familia, suele ponerse un poco seria, y a mí las cosas serias no me van, ya lo sabes.

Espinosa Te digo ésto, porque anoche, a poco de regresar ella en el coche, monté yo, y cuál no sería mi sorpresa cuando me hallo dentro del auto, completamente dormido, a un chiquillo de unos trece o catorce años, con tipo de obrero y con un cacharro oliendo a cola que apestaba. Le pregunté: «¿Qué haces tú aquí?... Y el chico, restregándose los ojos, me dijo: «Anda, este analfabético», y echó a correr.

Miguel Sería algún golfillo.

Espinosa Pregunté al chófer, y como me contestó con evasivas, deduje que acaso el chiquillo aquél sería algún pariente de Eugenia que la viniese acompañando en el auto.

Miguel Puede ser.

Espinosa Observa que es una propensión en estas chicas que anduvieron toda su vida a pie, o cuando no en tranvía, al verse luego en un auto, lucirlo ante sus conocidos y convidarles a subir en él.

Miguel Tienes razón; eso es lo que yo pensaba. A ésta le gusta que sus antiguas amistades, o su propia familia, la vean ahora bien vestida, luciendo ricas joyas. ¡Bah! Por eso no me preocupa gran cosa sus excursiones. Pero todo tiene un límite.

Espinosa Aquí la tienes.

(Aparece EUGENIA, por el foro.)

Eugenia Hola, Espinosa. ¿Y Lidia?

Espinosa No ha salido.

Eugenia Claro; tengo a ustedes usurpado el coche... y no habrá salido por eso.

Miguel Naturalmente. Si te parece que no es abusar...

Espinosa No haga usted caso.

Eugenia Bueno, hijo, perdona; no volveré a salir.

Espinosa Por nosotros, hará usted mal.

Miguel Pero, por mí, hará muy bien. Y te advierto que ya se ha acabado eso de salir sola.

Eugenia ¡Caramba! ¿Te molesta?

Miguel Más de lo que tú te figuras.

Espinosa Bueno, bueno. No quiero presenciar escenas serias. ¿Cenamos en el hotel?

Miguel Desde luego.

Espinosa Pues, hasta ahora.

Eugenia En seguida pasaré a saludar a Lidia.

Espinosa Adiós, tú, y no te pongas trágico. (Mutis Espinosa.)

Eugenia ¿Qué te pasa?

Miguel Si te parece... Llevamos en Madrid...

Eugenia (Atajándole) Que no estoy para sermones, Miguel. Y ahora que estamos solitos, voy a hablarte de una cosa muy seria.

Miguel ¿Qué es ello?

Eugenia Que necesito dinero.

Miguel ¿Qué dices? ¿Cómo dinero?

Eugenia Pues me parece que he hablado bien claro. Me tienes que dar dinero.

Miguel ¿Dinero? ¿Tú necesitas dinero? ¿Para qué?

Eugenia Perfectamente; tienes derecho a pedirme explicaciones, y yo te las voy a dar muy cumplidas. Ese dinero que te pido es para mi casa, para mi familia.

Miguel ¿Para tu familia?

Eugenia ¿Te parece extraño, verdad, que yo te hable de la familia, yo, precisamente yo, que me había jurado a mí misma no hablar de ella a nadie y a ti menos que a nadie? Pues ya lo ves. Escúchame, Miguel...

Miguel Bueno, bueno; ¿cuánto dinero necesitas para la familia?

Eugenia Antes quiero que me escuches.

Miguel ¿Cuánto, cuánto?

Eugenia Ocho mil pesetas.

Miguel ¡Ocho mil pesetas! Pero, ¿hablas en serio?

Eugenia Muy en serio; quien no me quiere escuchar eres tú.

Miguel Pues yo no te doy esa cantidad.

Eugenia ¿Por qué?

Miguel Porque no puedo dártela. Precisamente es-

taba deseando que vinieras para comunicarte una noticia y darte una orden.

Eugenia ¿Y cuál es la noticia?

Miguel Muy desagradable, por cierto. Desde que hemos llegado a Madrid no ceso de recibir visitas de antiguos operarios de mi padre, que me reclaman cuentas atrasadas.

Eugenia Si piden lo que es suyo y tu padre se lo dejó a deber, hacen bien en reclamarlo.

Miguel Eso no es cuenta tuya.

Eugenia Perfectamente, ¿y cuál es la orden?

Miguel Que mañana por la noche lo tengas todo dispuesto para volvernos a París.

Eugenia Te irás tú solo.

Miguel ¿Cómo? ¿Qué dices?

Eugenia Que yo no puedo moverme de Madrid ahora. Es decir, tan sólo hay un medio.

Miguel Pero, ¿qué dices?

Eugenia Que me entregues esas ocho mil pesetas y de nuevo te seguiré donde vayas, ya que por suerte o por desgracia no tuve valor para negarme a seguirte la primera vez.

Miguel Eugenia, observo en ti algo raro, algo extraordinario. ¿No acabas de oír que me asedian? Ahí tienes en esa mesita reclamaciones, facturas y cuentas, con amenazas de llevarme a un pleito.

Eugenia Pues paga.

Miguel Muy bonito, ¡pues paga! No hay más que pagar... ¿Y tú y yo?... ¿y nuestros gastos? ¿No te compré ayer mismo un collar que me costó diez mil pesetas?

Eugenia Pues ya ves, te gastas diez mil pesetas en un capricho sin que yo te lo pida, aunque te lo agradezca, y no me das ocho mil pesetas para remediar una necesidad y evitar una catástrofe.

Miguel (Cogiendo las notas de encima de su mesa.) Ocho mil pesetas. Qué casualidad, lo mismo que me reclama este maestro carpintero.

Eugenia (Con gran interés.) ¿Eh? ¿Qué has dicho?

Miguel Ahí tienes. (Le da la nota.) Este es el tercero o cuarto de la serie. Acaba de salir de aquí y no tardará en volver.

Eugenia (Leyendo.) Al maestro carpintero Lázaro, por las obras de carpintería de los hoteles del Plantío, se le adeudan ocho mil setecientas cincuenta pesetas.» ¿Y ha estado aquí?

Miguel Ya te he dicho que no tardará en volver, como los otros. Para quitármelos de encima, a todos les digo lo mismo: que vuelvan, que me den tiempo. Este último no sé qué historias quería contarme; por poco se pone de rodillas pidiendo su dinero.

Eugenia (Con energía y emoción.) ¡Miguel! ¡Miguel! Es preciso, es necesario, es urgente, que pagues a este hombre en seguida, ¿lo oyes bien?, en seguida ¡Dios mío, Dios mío, hasta eso, encima de robarle la tranquilidad!

Miguel Pero, ¿qué dices? ¿Te has vuelto loca?

Eugenia Sí es para volverse loca, de rabia, de pena, de angustia. (Se echa a llorar, dejándose caer en una silla.)

Miguel Pero, chiquilla, ¿qué te pasa? ¿A ti qué te importa ese hombre, ni mis cuentas, ni nada? ¿Has oído, Eugenia? Chiquilla, ¿me oyes?

Eugenia No; déjame.

Miguel Pero habla; explícate.

Eugenia ¿De manera que estás decidido a no pagar a ese hombre?

Miguel Ni a ese, ni a nadie.

Eugenia Está bien.

Miguel Lo que estoy decidido es a que te expliques.

Eugenia Y yo estoy decidida a no hablar. Y ahora, te digo también, que en cosas mías, íntimamente mías, no tienes derecho a entrar tú. Bastante locura fué y bastante vergüenza la que cometí contigo; y ya que no supe ser fuerte entonces y resistir a la tentación, por lo menos he de respetar y hacer respetar a los míos, a los que son inocentes y se ven obligados por las circunstancias a no cobrar deudas propias y a pagar culpas ajenas. Es lo menos que puedo hacer por ellos.

Miguel Como quieras. Vamos al comedor.

Eugenia Ahora no tengo ganas.

Miguel Quedamos en que me debes una explicación.

Eugenia Y tú ocho mil pesetas.

Miguel Que te alivies. (Mutis por el foro.)

Eugenia ¡Bah!... (Se deja caer en un sillón con el papel de la nota en las manos, estrujándolo, llevándoselo a los ojos y entresollozando.)

(Aparece FELISA, y se acerca muy cariñosa a Eugenia.)

Felisa ¿Le pasa algo a la señorita? ¿Se ha puesto enferma la señorita?

Eugenia No, no es nada. (Levantándose y haciendo un esfuerzo para disimular.) Oye, Felisa, ¿has estado aquí toda la tarde?

Felisa Sí, señora; no me he movido un momento.

Eugenia ¿Entonces, estabas también aquí cuando vino ese artesano?

Felisa ¿El maestro carpintero? Sí, pobrecillo; debe ser más bueno... Si viera usted con qué humildad preguntó por el señorito.

Eugenia Anda, háblame de él.

Felisa ¿Acaso le conoce la señorita?

Eugenia No, pero háblame de él.

Felisa El pobrecillo venía con mucho temor, y cuando empezó a hablarme preguntándome si estaba don Miguel, casi se le saltaban las lágrimas. ¡A mí me ha sido más simpático!...

Eugenia (Muy emocionada, se acerca a Felisa y la da un beso.) ¡Dios te lo pague, Felisa! ¡Dios te lo pague! Y ahora acércate y avisa al señorito Espinosa que quiero verle.

Felisa (Mirando hacia el foro.) Aquí lo tiene usted.

Eugenia (A ESPINOSA, que entra por el foro.) Espinosa, ahora mismo iba a avisar a usted.

Espinosa Y yo, enterado por Miguel de su pequeño disgusto, vengo a rogarla que me dé el brazo para bajar al comedor.

Eugenia No, al comedor no. Tengo que hablar con usted. (Mutis Felisa.) Espinosa, necesito que me haga usted una compra.

Espinosa ¿Cómo?

Eugenia Necesito que me compre usted este collar. (Se lo quita.)

Espinosa No entiendo.

Eugenia Usted presenció ayer la compra de este collar; usted vió cómo Miguel pagó por él diez mil pesetas. Conque me dé usted ocho mil setecientas cincuenta, me conformo.

Espinosa Sigo sin comprender.

Eugenia Pues esto quiere decir que necesito ahora mismo esa cantidad.

Espinosa Perfectamente, Eugenia; así se habla. (Echa mano a la cartera.)

Eugenia (Entregándole.) El collar.

Espinosa Eugenia, entre nosotros...

Eugenia No cojo el dinero; en serio, llévese usted el collar, Lidia tenía capricho por uno semejante.

Espinosa Efectivamente, y yo prometí comprárselo.

Eugenia Pues ahora. Es decir, ahora precisamente no, pero mañana o pasado cumple su promesa. (Le entrega el collar.)

Espinosa Como usted quiera, Eugenia.

Eugenia Otro favor, Espinosa. No es que trate de ocultárselo a Miguel, pero cuanto más tarde se entere mejor. Estas son cuentas mías.

Espinosa Comprendido y ahora soy yo quien solicita de usted otro favor: el brazo para bajar al comedor.

Eugenia No, de verdad, déjeme aquí; no tengo ganas de comer.

Espinosa Parece mentira, Eugenia, que por una chiquillada se lleven ustedes un disgusto.

Eugenia No, si no ha sido nada. Lo de Miguel no tiene importancia; este otro favor que usted me hace sí que la tiene y siempre le estaré agradecida a esta compra.

Espinosa Bueno, pues ya que se trata de una compra no se enfade usted si al contar los billetes se encuentra conque hay algo más de las ocho mil setecientas cincuenta pesetas.

Eugenia Pero...

Espinosa Las diez mil cabales que vale el collar, es lo menos que puedo dar por él. Y supuesto que

usted se empeña en no salir de aquí, hasta luego.

Eugenia Hasta después. (Mutis Espinosa. Eugenia se dirige a la mesita, se sienta, cuenta los billetes, los mete en un sobre, coge la pluma, duda un poco antes de escribir el sobre, y por último suelta la pluma. Llamando.) ¡Felisa!

Felisa (Saliendo.) Señorita.

Eugenia Vamos a ver si una vez más resulta que eres una chica lista, siéntate aquí y escribe en este sobre. (Felisa se sienta y escribe lo que le dicta Eugenia.) Al maestro carpintero, señor Lázaro, diez mil pesetas. (Felisa, después, de escribir, deja la pluma y se levanta.) En este sobre, como ves, hay diez mil pesetas. Cuando vuelva el maestro carpintero Lázaro, ese buen hombre que te ha sido tan simpático...

Felisa Sí, señorita; siga usted.

Eugenia (Sobreponiéndose a la emoción.) Le dices: El señorito Miguel ha dejado esto para usted; son diez mil pesetas, cuéntelas usted; lo que excede a la cuenta se lo regala el señorito en pago a la tardanza en liquidarlo.

Felisa Descuide usted que así lo haré. ¿Quiere usted algo más?

Eugenia Sí, fíjate bien; si el señorito subiera del comedor antes que viniera el maestro carpintero, te guardas el sobre y sales al pasillo a su encuentro, y no te muevas de él hasta que se lo hayas entregado sin que te vea el señorito. ¿Comprendes, Felisa?

Felisa Sí, sí; descuide usted, señorita.

Eugenia ¿Qué voces son esas? (Escuchando.)

Felisa (Asomándose al foro.) Señorita, señorita, que está ahí el maestro carpintero y no le dejan pasar.

Eugenia ¡El! Si yo pudiera verle. (Muy anhelante se coloca detrás del biombo.)

Lázaro (Se le oye discutir con alguien que se supone le quiere cortar el paso.) Que sí está, que me ha mandado venir...

Felisa Pase usted, maestro.

(Entra el SEÑOR LÁZARO, llegando hasta el

centro de la habitación. Eugenia le contempla emocionada desde el biombo.)

Eugenia Pa... (Enmudece.)

Lázaro Buenas, joven; otra vez aquí. (No está, tenía razón el Botones.)

Felisa ¿No le dejaban a usted pasar?

Lázaro Si no sale usted tan oportuna, no me dejan entrar aquí; por lo visto el señorito ha dado órdenes para que no se reciba a nadie. ¿No está, verdad?

Felisa El señorito, no.

Lázaro (Con desaliento.) ¡Vaya por Dios!

Felisa No se apure que me ha dejado para usted ésto, tenga. (Le da el sobre.)

Lázaro ¿Y ésto qué es?

Felisa Billetes, muchos billetes de mil pesetas; mire usted, cuéntelos; ve usted, la cuenta de usted.

Lázaro ¿De verdad?

Felisa Sí, sí; mire usted, diez mil pesetas.

Lázaro Entonces no es para mí.

Felisa Que sí, señor; vea usted el sobre: «al maestro carpintero Lázaro» y de palabra me ha dicho el señorito que le diga a usted que lo que sobra de la cuenta se lo regala a usted como premio a la tardanza en pagarle.

Lázaro ¿Es posible?

Felisa Ya lo ve usted.

Lázaro (Muy contento.) ¡Que Dios se lo pague! ¡Y que Dios le bendiga! ¡Ay, joven, perdone usted mi alegría, otra vez tendré casa y taller! Dígale usted que este pobre trabajador viejo y casi inútil, no olvidará nunca el bien que le ha hecho. Dígale usted, que quisiera besar la mano que me levanta del suelo; que no espero ahora porque voy corriendo a llevar a mi hija esta alegría.

Felisa ¿Tiene usted una hija?

Lázaro Sí, una hija.

Felisa ¿Nada más que una hija?

Lázaro Nada más que una. (Eugenia se tapa la cara con las manos.) No olvide decírselo, que Dios se lo pague, que Dios le bendiga. (Entre sollozos, mutis por el foro.)

Eugenia (Saliendo del biombo.) ¡Padre de mi alma! (Se deja caer en un sillón sollozando.)

FIN DEL ACTO TERCERO

EPÍLOGO

La misma decoración que en el acto primero, o sea el taller de carpintería, completamente cerrada la puerta vidriera y cierres metálicos. Es al amanecer.

—

(Al levantarse el telón, no hay nadie en escena. A poco, aparece COLASIN por la derecha, con una vela encendida y como si guiara a otra persona.)

Colasín ¡Cuidado, señorita! ¡Cuidado, que hay dos escalones! Espere, a ver si encuentro la luz. (Se acerca a una pared y hace funcionar la llave de la luz.) Ajajá... pase usté sin miedo.

(Aparece EUGENIA tras Colasín, llevando el abrigo de pieles y el sombrero en un brazo.)

Eugenia ¿Solos?

Colasín Completamente solos, señorita. (Eugenia coloca el abrigo y el sombrero encima de uno de los bancos y recorre con la mirada el taller, suspirando alguna vez.) ¿Qué, me parece que no falta ni el menor detalle? Todo está donde estaba: los bancos, las herramientas... hasta nuestro Señor San José. Ahí le tiene usté tan salao; por lo visto no se han atrevido con el santo.

Vea usté, vea usté. He colocado yo el taller lo mismo que usté el piso. Todo está como estaba.

Eugenia Bien, Colasín, muy bien. Mereces mi gratitud. ¿Y pagaste todo?

Colasín Al céntimo. Al trapero, los muebles; al señor Bastián, las ropas y algunas herramientas... Ya ve usté, con dinero todo se arregla.

Eugenia Desgraciadamente.

Colasín Hasta el procurador nos dió todas las facilidades.

Eugenia Ese era el punto más difícil de vencer.

Colasín Pues ya lo vió usté. Claro que se ha quedado usté sin una alhaja, como una modistilla pobre: sin sortijas, pendientes... Pero, eso sí; con la conciencia tranquila de haber hecho una gran obra de caridad.

Eugenia Ya te he dicho que en cierta ocasión de mi vida el maestro Lázaro me hizo un gran favor.

Colasín Pues el que le ha hecho usté a él, no es flojo. ¿Y estará usté rendida? Casi tenía usté tiempo para descansar un par de horas. Está amaneciendo y el señor Santiago no vendrá hasta las ocho.

Eugenia ¿Le mandaste recado?

Colasín Sí. Le mandé recado con el trapero y las llaves del taller.

Eugenia Pues es preferible que nos sobre tiempo. Así puedo volver al hotel para preparar el viaje a París.

Colasín Pues mire usté, la verdad, siento que se vaya usté.

Eugenia ¿Sí? ¿Por qué?

Colasín ¡Qué sé yo!... ¡La he tomao a usté cariño en estos pocos días! La verdad... a lo primero la servía a usté por el maldito interés... ¡soy tan pobre y me están haciendo tanta falta la pelliza, la gabardina y los zapatos!... pero después, créame usté, la serviría a usté de balde y con mucho gusto. Tiene usté cara de ser muy buena.

Eugenia Muchas gracias, Colasín. Yo también te he cobrado afecto. Me pareces un muchacho que

ha nacido para empresas mayores que estas de labrar madera. Pero, en fin, cada uno tiene que seguir su vida. Es el sino. La vida nos empuja contra nuestra voluntad. Tú, con tu taller. Yo, a seguir lejos, muy lejos de los míos... (Un poco asustada.) ¿Qué ruido es ese? ¿Quién anda por ahí?

Colasín (Acercándose a la puerta de la habitación.) ¡No se asuste usté, que es el sereno! Como le dijimos que avisara si ocurría algo... (Al Sereno.) ¿Qué pasa, Pepe?

Sereno (Entrando en la habitación.) Con permiso. Mira, Colasín, desde hace una hora está rondando la casa, y por lo visto a la señorita, un caballero que quiere entrar aquí.

Colasín ¿Y quién es ese caballero?

Sereno Yo no lo conozco. Pero me ha puesto en la mano este billete de cinco duros, y como el portal está abierto, pues..

(MIGUEL HEREDIA entra por la derecha, quedándose frente a Eugenia, sin hablar.)

Eugenia ¡Tú!...

Miguel No me esperabas, ¿verdad?

Sereno (A Colasín.) Un lío, chico. Bueno, ahí estoy. (Mutis el Sereno. Colasín mira a Miguel entre impaciente y temeroso.)

Miguel (Agresivo.) ¿Me quieres explicar qué haces aquí? Di, ¿me quieres decir? (La coge de los brazos con violencia.)

Eugenia ¡Ay, (Quejándose.) que me haces daño, Miguel! ¡No seas bruto!

Miguel Lo que voy a hacer es... (Amenazador.)

Colasín Eso sí que no, amigo. A esta señora no la toca nadie estando yo delante.

Miguel ¿Y tú, quién eres?

Colasín Colasín, el chico de la cola.

Miguel ¡Ah, ya, el chico de la cola! Acabáramos. El que va y viene con la señora en automóvil. El que cuando yo no estoy en el hotel entra y sale, trae y lleva.

Colasín Oiga usted, amigo. Que yo no llevo más que la cola.

Eugenia Escucha, Miguel.

Miguel (Celoso, rabioso y sin saber lo que dice.) Sal de aquí; es decir, no, salir no. Antes de salir tengo que ver todo ésto, registrar esta casa.

Eugenia Escucha, Miguel. No te pongas en ridículo.

Colasín Claro, hombre. Escúchela usted y no haga el *ridi.*

Miguel ¿Es que quieres huír de mi lado? Dilo, mujer, dilo.

Colasín Pero, ¿qué va a decir? ¡Si no la deja usted hablar!

Miguel (En sus celos.) ¿Acaso hay aquí un hombre? ¿Dónde está ese hombre?

Colasín Servidor.

(Miguel quiere dar un golpe al chico y lo impide Eugenia defendiéndole.)

Eugenia No, no te acerques al chico y escúchame.

Miguel ¿Qué has hecho desde anoche? ¿Dónde has estado? Todos en el hotel hablan de ti y del chico de la cola; los amigos y los que no lo son, y sois la comidilla de la gente.

Colasín ¡Alguna tía cotilla, que las hay en todas partes!

(Miguel se pasea nervioso.)

Miguel Pero, ¿por qué no hablas?

Eugenia Cuando te calmes y te serenes, hablaré.

Colasín Señorita, si estorbo yo, me bajaré a la cueva.

Miguel ¿A la cueva? Pero, ¿qué es esto? ¿Dónde estamos?

Eugenia (Entre apenada y enérgica.) Estás en mi casa; mejor dicho, en mi casa, no. Yo no merezco estar aquí, en la casa de mi padre, en el taller del maestro Lázaro.

Miguel ¿Cómo?

Colasín ¡Ah!

Eugenia Sí, Colasín. Yo soy la otra hija del maestro: la mala, la impúdica, como tú dices; la que un mal día salió de aquí para seguir a un hombre, a este hombre.

Miguel ¡Eugenia!...

Eugenia Ya lo sabes todo; por culpa tuya, precisamente tuya, mi padre y mi hermana se ven en la ruina, desahuciados de aquí, arrojados de esta casa. Como tú te has negado a

pagar lo que debes, lo menos que puedo hacer por ellos es restituirles lo que es suyo.

Miguel ¡Eugenia!...

Eugenia Y ya que lo sabes todo, ¡anda, vámonos!

Colasín ¡Señorita, no se vaya usted!

Miguel ¡Tu casa, tu padre!... ¡Es para volverse loco!

Colasín Sí, señor; y para volverse solo a París. Allí encontrará usted muchas *demimondaines* huérfanas. Váyase usted, deje aquí a la señorita.

(Se oye el ruido de los cierres en la puerta del taller.)

Eugenia (Asustada.) ¡Ay, que viene gente, vámonos!

Miguel No, de aquí no se mueve nadie; quiero pruebas de que todo esto no es una invención.

(Se abre la puerta del taller apareciendo SANTIAGO, SEGUNDA y CARMEN.)

Santiago ¡Colasín! ¿Pero qué haces aquí?

Colasín Pues ya lo ve usted, de visita.

Santiago (Fijándose.) ¡Eugenia, tú!...

Segunda ¡Pero chica!...

(Carmen y Eugenia se quedan mirando; la primera un poco sorprendida intenta hablar, no puede y se abraza a su hermana.)

Colasín *¡Orates fratres!* Lo ve usted cómo no es una leyenda, esa es su hermana, este señor el encargao y esta distinguida ciudadana, su esposa.

Santiago Y este señorito, ¿quién es?

Colasín Pues... aquí... andóval... el adjunto de la señorita. ¿Quiere usted hacer el favor de marcharse ya?

Miguel (Muy sorprendido.) Eugenia...

Carmen (Suplicante.) ¡No te vayas, Eugenia! ¡Hermana mía, no te vayas!...

Eugenia ¡Miguel!...

Carmen Papá te quiere, te queremos todos, te querremos siempre.

Colasín *Agnus Dei, qui tollis pecata mundi.*

Carmen Déjenos usted a mi hermana, señor.

Eugenia ¿Estás ya convencido de que ésta es mi casa?

Miguel (Después de una pausa.) Sí.

Eugenia ¿Estás ya convencido de que por tu culpa se han visto en la ruina.

Miguel Con pagar lo que se debe, en paz.

Colasín Es que hay cosas que no se pagan con dinero, señorito.

Miguel ¿Qué dices tú?

Colasín Que usted le podrá pagar al maestro la cuenta, pero le debe usted una hija y si no paga todo pues resultará usted un tramposo y se expone usted a que como han hecho con nosotros, le llevemos al Juzgado.

Santiago Y tanto.

Eugenia (Con decisión.) Vete, Miguel.

Miguel Yo no me voy sin ti.

Segunda Pues como ella no quiera irse...

Colasín Le veo a usté viudo morganático.

Carmen Anda, ven con nosotros.

Segunda Sí, hija, sí. (Cogen a Eugenia entre las dos, y hacen mutis por la derecha. Santiago a Miguel que intenta seguirlas.)

Santiago ¡Eh, amigo, que ahí no se puede pasar!

Colasín Dirección prohibida. ¿No ve usté el disco? ¡Se le ha visto el plumero!

Miguel Es igual; yo no me muevo de aquí.

Colasín Pues nosotros vamos a trabajar, señorito; así es, que si quiere usté una garlopa... o si prefiere usté, puede ir meneando la cola.

Miguel Lo que quiero, es hablar con el maestro.

Santiago Pues aquí tiene usté al maestro.

(Aparece el maestro LÁZARO, por el fondo. Entra pausadamente y con cierta desconfianza, mirando a todos, y al fijarse en Miguel, avanza hacia él tratando de cogerle las manos.)

Lázaro ¡Usté, señor Heredia! ¿Usté en mi casa? Déjeme usté que le bese las manos. (Intenta ponerse de rodillas, y Heredia le levanta.)

Miguel No; eso no...

Lázaro Sí, señor. Yo quiero demostrarle mi agradecimiento.

Colasín Pero, maestro... ¡Ay, Dios; pero si este hombre!...

Miguel (Atajando.) No necesito que nadie me presente.

Lázaro ¿Cómo?

Miguel Maestro, está usted en un error.

Lázaro Pero, ¿cómo?... ¿No me ha devuelto usté el importe de su deuda?

Miguel ¿Yo? .. ¡No!

Carmen (Que sale por la derecha, se acerca a su padre, y le abraza.) Papá... papá...

Lázaro Pero, ¿qué te pasa, hija mía? ¿Por qué lloras? ¿Quién es este hombre?

Carmen Pues...

Colasín Verá usté, maestro...

Miguel Para usted, soy deudor; para mi conciencia, un equivocado. Su hija de usted, pero no esta hija buena, sino la otra, esa que para mí fué siempre buena, y desde hoy, lo es más...

(Aparece EUGENIA, seguida de SEGUNDA. Carmen la hace señas de que se acerque poco a poco, y al llegar cerca de ella, cambia la mano que tiene de su padre, por la de Eugenia.)

Eugenia Papá... (El señor Lázaro, al ver a Eugenia, se separa de ella bruscamente, le tiemblan las manos y la voz, se queda mirándola entre sorprendido y angustiado.)

Lázaro ¡Tú!... ¡Tú!... (Se deja abrazar.) ¡Hija mía!...

Colasín (Empujandole.) Ande usté, pelmazo... complete usté el grupo. (Carmen se separa, dejando sitio a Miguel.) Pero, los papelitos en seguida, sin olvidarse del señor cura, monaguillo no hace falta, porque yo sé decir muy bien: (Al público.)

Ite misa est.

Y aquí terminó el sainete,
perdonad sus muchas faltas.

(Telón.)

FIN DEL SAINETE

OBRAS DE ENRIQUE CALONGE

Teatrales.

Aquí todos somos buenos, comedia en un acto, estrenada en el Príncipe Alfonso.

La paloma del barrio, sainete en un acto, estrenado en Novedades.

El cofrade Matías, sainete en un acto, estrenado en Novedades.

Don Juanito y su escudero, sainete en un acto, estrenado en Novedades.

La Pitusilla, sainete en un acto, estrenado en Novedades.

Los hombrecitos, fábula cómica en un acto, estrenada en Novedades.

La chica del sereno, sainete en un acto, estrenado en Price.

La casita del guarda, sainete en un acto, estrenado en Novedades.

Encarna la Misterio, sainete en dos actos, estrenado en Apolo.

Pocholo, perdigón, monólogo estudiantil, estrenado en Apolo.

Primitivo y la Gregoria o el amor en la prehistoria, entremés, estrenado en Apolo.

Colasín, el chico de la cola, sainete en tres actos y epílogo, estrenado en el Cómico.

Literarias.

De una vida (cuarteleras). Novela.

Pepe Luis (ni amor ni gloria). Novela.

El tren 12 (Novela Corta).—*Ley natural.*—*Trigueña.*—*Pan y uvas.*—*A traición.*—*Minerva.*—*El sanatorio.*—*El Idolo.*—*Viva la novia.*—*Carretera abajo.*—(Cuentos y paisajes castellanos.)

De texto.

Análisis gramatical.

Ortografía (Nociones).

Prácticas de redacción.

Geografía Universal (Elementos).

Sucesor de R. Velasco.—Teléf. 5-5
Marqués de Santa Ana, 11 dupl